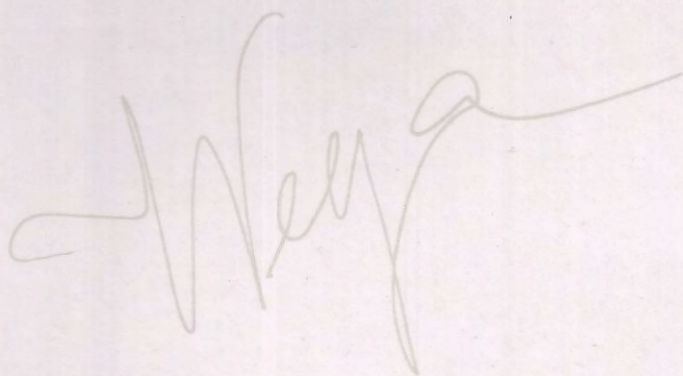


Isaac de Vega

Conjuro en Ijuana



BIBLIOTECA BASICA CANARIA

44

CONJURO EN IJUANA

Edición de Juan José Delgado



Biblioteca Básica Canaria

Director

Juan Manuel García Ramos

Consejo asesor

María Rosa Alonso

Juan Jesús Armas Marcelo

Joaquín Artiles

Luis León Barreto

Sebastián de la Nuez

Pablo Quintana

Jorge Rodríguez Padrón

Lázaro Santana

Maximiano Trapero

Comisión técnica

Coordinación:

Maximiano Trapero

Corrección:

Juan Antonio Martínez de la Fe

Diseño:

Juan Francisco Alamo

Producción:

Carlos Gaviño de Franchy

Secretaría:

Bernardo Chevilly

Mireya Jiménez Jaén

Isaac de Vega

CONJURO EN IJUANA

Islas Canarias
1989

© Para la introducción **Juan José Delgado**

© Para el texto **Isaac de Vega**

©  Viceconsejería de Cultura y Deportes.
Gobierno de Canarias

ISBN: 84-87137-21-0

Depósito Legal: M. 31.415-1989

Fotomecánica e impresión:

MARIAR, S. A. - Tomás Bretón, 51 - 28045 Madrid

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
INTRODUCCIÓN	9
I. RETORNO, ¿A DÓNDE?	
Retorno, ¿a dónde?	19
El expectante	23
El intruso	27
Por mi corazón mezquino	31
Por no ser compadrito	35
II. CONJURO EN IJUANA	
La repulsa	41
Refugios	45
Entonces	53
Rafael	81
Conjuro en Ijuana	91
III. LA LUNA NARANJA	
La Luna naranja	111
De esta manera	119

INTRODUCCIÓN

Hubo una *generación escachada* o generación del bache, denominaciones ambas que advierten de la situación padecida por escritores de posguerra, tales como Julio Tovar, Isaac de Vega, Antonio Bermejo, Alfonso García Ramos, Rafael Arozarena... Una generación aislada que sólo pudo mostrarse mediante colaboraciones en las páginas literarias de los periódicos, y por este camino malcompensar los factores que impedían una publicación mayor, el libro siempre demorándose. A pesar de las dificultades —acaso por ellas— iban conformándose los grupos, y sus componentes se acercaron a comunes lecturas las cuales propiciaban una cierta afinidad, el permanente estímulo para sobrepasar la travesía de unos años de penuria cultural.

El grupo fetasiano —Isaac de Vega, Antonio Bermejo, Rafael Arozarena, José Antonio Padrón— ha permanecido desde aquella década del cincuenta como grupo real: "Una unión íntima de pensamiento —manifiesta el propio Isaac de Vega—, relativa a la situación del hombre ante el Universo y ante la sociedad. En los fetasianos se explota mucho el significado del hombre frente al cosmos, del hombre que transcurre solo por la existencia".

Durante la década del cincuenta se impusieron las formas y los planteamientos ideológicos del realismo social. Isaac de Vega ni se orienta en tal dirección ni observa tampoco ataduras a precedentes literarios inmediatos. Sí contiene su obra un cierto realismo, pero a toda parcela realista le

contrapone siempre un marcado sello irracional. La línea narrativa se constituye de tal modo que se presentan los efectos y se velan o se enmascaran las causas. Los hechos no obedecen a razones: se vuelven fenómenos absurdos o enigmáticos en busca de una visión interior. El protagonista, como se expresa en la novela *Fetasa*, "se ve bordeando los límites de lo fantástico, entremezclado con los sucesos vulgares, formando un conjunto inarmónico".

Con todo, Isaac de Vega, en medio de lo que estaba ofreciendo la novela española, pudo asentar una narrativa en la que apunta novedades suficientes como para presumir que, en Canarias y a principios del cincuenta, se estaba mostrando un quehacer literario avecindado más cercanamente al todavía sin aparecer "BOOM sudamericano", que a las tardías renovaciones de la novela peninsular.

Pero el reconocimiento de la obra veguiana quedó reservado para años posteriores, y antes de considerársele como uno de los autores fundamentales o de habérsele concedido el "Premio Canarias, 1988", hubo incompreensión e indiferencia; extraña situación de olvido para una obra excepcional, pero que se aviene con la condición de zona periférica en la que se encuentran las islas, y en donde a la literatura se le hace difícil su manifestación.

La primera referencia literaria de Isaac de Vega (Tenerife, 1920) es un cuento publicado en 1950: "El alma de las cosas". Este escritor no ha desestimado la narración corta, como lo prueban los libros: *Cuatro relatos* (1968), *Conjuro en Ijuana* (1981) y *Siempre vivas*, colección editada en 1983 de casi una treintena de cuentos, publicados entre 1955 y 1971 en las páginas literarias de periódicos tinerfeños. Se añade a su obra narrativa otras tantas novelas; la primera de ellas, *Fetasa*, con tres ediciones (1957, 1973 y 1984); en 1965 se publica *Antes de amanecer*; *Parhelios* en 1977 y *Pulsatila* (1988).

CONJURO EN IJUANA

Los doce cuentos admiten una triple compartimentación:

I. Retorno, ¿a dónde?

La cuña de lo irreal se incrusta en la aparente cotidianeidad. Se malvive con la ración de espacio cotidiano y se desvive por encontrarse en un más allá ("El expectante"). Las cuestiones sociales y comunes vienen a ser meros cantos de sirenas, disgregadoras de la auténtica existencia ("El intruso"). Por la realidad pueden transitar las sombras del sueño, como la conciencia del personaje vaga evocadoramente por una cronosfera perfilada de incidentes fantasmagóricos ("Por mi corazón mezquino"). O dedicarse el autor a un ejercicio de estilo —"Por no ser compadrito"— homenaje y parodia al mundo borgiano con la intención de alcanzar voz, verbo y trasuntos del admirado escritor argentino.

II. Conjuero en Ijuana

Los cinco relatos hubiesen podido integrarse en una novela si el autor no la hubiese deshecho. De esta extracción novelística, "La repulsa" es un cuento que puede figurar como el planteamiento desde donde van proyectándose los acontecimientos venideros de los demás. En el total de los relatos se encierra el conocido universo fetasiano: el excéntrismo de un personaje, que rehuye las constantes socioculturales del mundo cotidiano, el cual alcanza otros dominios y situaciones.

III. La luna naranja

Dos cuentos para esta última parte, y en el primero de ellos, "La luna naranja", reiterándose el tema de la angustia

existencial que padece un personaje, en situación límite de final de mundo, tremendamente individualizado frente a la marea de seres que buscan conjuntamente un lugar común de provisional salvación. De nuevo el autor pretende descifrar, simbólicamente, el sentido de la vida.

“De esta manera” cierra el lote de *Conjuro...*; el relato enhebra una sucesión de acciones enmarcadas en los tiempos de hoy, aunque preñadas de sugerencias míticas y simbólicas sin cuya percepción la extraña historia contada quedará vacía de sentido.

La obra completa de Isaac de Vega, en esencia, equivale a un único texto, poblado de claves sin cuyo conocimiento sería hartó difícil concederle sentidos al extraño mundo generado por este autor compulsivo, que ronda constantemente los entresijos de la condición humana, y muestra la existencia de un ser que se ve mísero y encadenado a un estrecho y empobrecedor entorno, aunque capaz de vislumbrar la potencia de su espíritu en medio de un mundo enigmático que lo atrae.

La inabarcabilidad del universo, con esa conciencia a tientas, no puede otorgar a los relatos sino un lenguaje mediador entre los sorprendentes fenómenos que le ofrece el mundo, y una sorprendida mirada que está exigiendo explicación a los acontecimientos y un nombre a las cosas.

Sólo la mente del hombre puede batirse en lucha contra el tiempo e intemporalizarse. Pero la mente necesita de cosas tangibles: de montañas, de piedras, de cielo o de nube, de un cuadro agradable o temible y abundante en referencias por las cuales poseer un sentimiento de perdurabilidad. La emoción puede alcanzar al paisaje y a las cosas, y, así, cabe hablar de símbolo, de mito, de extrañas e inesperadas acciones (rituales) y transitar por ellos en un viaje que aparenta no tener fronteras. El itinerario se muestra tan inabarcable en el espacio y en el tiempo, que se pierde

la noción de los límites. El personaje se encamina tanto por la superficie exterior como por el interior de su propia conciencia.

El continuo devenir del tiempo y del mundo enseña al hombre que no es un ser definitivo, que no debe detenerse si busca reconocerse. Es difícil dotar de significaciones los movimientos arbitrarios del personaje; un personaje que sufre el punto cero de Kierkegaard: vaciándose de contenidos para llenarse de dolorosa metafísica.

Pero, ¿cuáles podrían ser las referencias o claves esenciales que nos permitan atravesar el oscuro discurso fetasiano? Entre otras: el tratamiento de la naturaleza frente a la cultura; su modo de concebir el mundo individual de un personaje frente al conservadurismo amorfo de la especie; y éstas y otras referencias con el punto de mira apuntando hacia un objetivo pocas veces explícitamente declarado: la *gnosis*.

Muchos son los personajes que huyen del mortecino ámbito sociocultural. Pero no es tan sólo la huida a espacios ignotos: prima sobre todo el sentido de dejar la razón en casa y echarse al camino en los brazos de la imaginación y de la intuición. Muchos de estos seres viajeros terminarán regresando. El retorno a los hábitos gregarios puede anunciar el fracaso de la aventura, o que acaso no sea todavía el momento adecuado para enfrentarse a un potente universo; o tal vez que ya ha pasado el momento, se perdió la oportunidad y ya sea tarde para recuperar una existencia auténtica.

Naturaleza se opone a cultura; son dos marcos regidos por leyes propias, excluyentes; se constituyen así dos ámbitos de los que se exilian o en los que se asilan los individuos. El personaje fetasiano se caracterizará como individuo desahuciado de todos los espacios: en el espacio urbanizado y cultural, porque le faltan estímulos vitales; en el espacio de la naturaleza, porque no puede conocer ni dominar las leyes que rigen en ese territorio poblado de fenómenos

enigmáticos, crueles y temibles. Sin embargo el protagonista, durante el curso por el espacio natural, acumula experiencias vitales las cuales le conceden la oportunidad de aproximarse al conocimiento de su propia existencia. ¿Cuál es el objetivo del héroe? El objetivo no está definido por la búsqueda de algo. El *viaje* lo es todo: proceso y avance. Al estancarse en un lugar es cuando precisamente se advierte en el sujeto un objetivo fijo: la huida.

Está escrito en el Eclesiastés: "Pasa una generación y otra la sigue; la tierra por el contrario, se mantiene inmutable".

El tema, de honda y angustiosa resonancia existencial, se ha tratado reiteradamente y con notables variaciones a lo largo de la literatura universal. En cualesquiera de los casos tratados se percibirá el sentido finito del individuo. La contraposición individuo/especie constituye un motivo bastante reiterado en la narrativa de Isaac de Vega: la existencia y la finitud del hombre. Pero si esto es cierto, también lo es que la humanidad se mantiene como *especie*. El autor trata de un modo la conducta del hombre-individuo; de otro modo al hombre arropado en la idea de la especie.

La humanidad es un conjunto de "hombres sin aurora", una procesión de seres anónimos perdiéndose en las sombras mortecinas de la cotidianeidad, masa indistinta que fluye interminablemente por el tiempo. La especie no posee conciencia del inevitable morir del hombre porque la mente se acoge a la línea de continuidad que la historia humana le ofrece. Viven y mueren, así, a la sombra de una existencia inauténtica, o, en idea de K. Jaspers, pueden hacer transcurrir la vida de igual modo a la de los animales: en una sucesión generacional que, en el caso del hombre, no se somete tanto a la ley de los ciclos naturales cuanto a la repetición de los actos. El individuo, cuando se integra en el grupo, obedece las leyes que impone la sociedad; en el grupo no nace una iniciativa en las acciones puesto que sólo existen actos preestablecidos y normativos.

Por eso el autor proyecta hacia el texto a un personaje en soledad y localizado, preferentemente, en una naturaleza primigenia.

¿Las generaciones se pierden y el Mundo continúa? Isaac de Vega conoce la marca de la especie; tal marca es la del olvido (inhumano) de la finitud de la existencia. El rebaño vive la idea de una falsa perdurabilidad. Será el individuo, en solitario, quien afronte la ley del tiempo y del espacio, quien ante tal confrontación se sienta protagonista de un íntimo espacio vital.

De ahí que en estas narraciones se enjuicien, solapadamente, la situación de los personajes: miserables o vitalmente humanos según hayan transcurrido por cada uno de esta docena de relatos. Hay un espacio, a la vez, físico y moral que ataca al cuerpo y al espíritu de tal modo que acabará endureciendo o eliminando al hombre.

La narrativa veguiana se inclina por el mundo natural; sitúa en la más baja consideración moral a los seres que, sintiéndose miembros de un grupo, viven acatando las leyes establecidas. A continuación localiza al individuo que, si se halla solo, permanece acomodado en el espacio social. En lugar más ascendente de la escala valora a quien, coexistiendo en la sociedad, rechaza costumbres y moral sin sentido, aunque para su desgracia no sepa, no pueda o no sienta el instinto de salir fuera del claustro grupal. Por fin, en la cúspide de las preferencias se halla el individuo, héroe ambulante y solo. Su inicio desde cero y su posterior transcurso por un itinerario épico y vulnerable indica la vía que lo lleva hacia el complejo proceso de la *gnosis*, el camino que orienta hacia una nueva conciencia: el encuentro, el nacimiento del nuevo hombre.

JUAN JOSÉ DELGADO

I. RETORNO, ¿A DÓNDE?

RETORNO, ¿A DÓNDE?

En el arrabal, distante de las chatas barriadas tres o cuatrocientos metros, la fábrica le pareció igual que un año antes, grises las lisas paredes, altas; limpias y eficientes las cristalerías luminosas. Sí, indudablemente, la fragua que le forjó y a la que él diera un tanto de nobleza. Cruza la verja exterior, recién pintada y erecta, defensora de lo extraño, favoreciente de la tranquila creación.

Se siente contento. Recorre la embaldosada vía a través del jardín cespitoso. Casi esperaba esta llamada. El responsable, a quien apenas viera un par de veces en largos años, escribió una carta que comenzaba con la salutación de estimado amigo. Curiosamente el escrito adquiría después un aspecto oficial de acostumbrado oficio: Se servirá usted presentarse y tomar posesión de su antiguo puesto. Firma ilegible. Responsable. Era el retorno a su debido lugar.

Rodea el silencio al patio. Traspone la gran puerta y penetra en el edificio. Al extremo ve pasar un hombre con alargadas herramientas sostenidas en el hombro. No lo recuerda. Dentro también silencio; en su alegría de regreso no se preocupa de analizarlo. Camina por anchos pasillos. Unas pequeñas palmeras, en grandes macetones, ordenan un humanizado ornato. Las deja atrás. El simétrico comedor. En las mesillas han puesto manteles nuevos. Eran necesarios. La vieja dignidad de los alimentos.

Cerca llega el acostumbrado rumor de la cocina y al penetrar admite una primera sorpresa. No cubren azulejos las paredes. Han caído. O los arrancaron y vendieron. No estaba él allí. Inquieto, observa que sus dimensiones han cambiado. Semeja una cuadra alargada, no la misma, de trazos que le repelen. Pero ya se verá luego. Se aproxima a las cocineras, que, de espaldas, no le han visto entrar y pone, repentino, las manos sobre sus hombros, una en cada una, y las acerca a sí. Ríe ante su supuesta sorpresa. Las saluda.

—Siempre trabajando como hormiguitas. Siempre trabajando.

Ellas le miran y no sonríen. Responden a sus palabras con unas gastadas frases de seca cortesía. Le parecen más pequeñas, más flacas y consumidas. Y un abandono en sus personas ciertamente no tolerable. Semejan cubrirse con harapos. No visten las pulcras batas blancas ni el gracioso gorriillo que él impusiera. Mientras hablan, da una vuelta por la espeluznante cocina y queda de nuevo en la contemplación de las desconchadas paredes. Un descontento molesto sustituye poco a poco la primera alegría. Casi tocando al techo, dos regulares cuadros de cristal esmerilado. Luces, seguramente. Busca y alcanza el interruptor. Fluorescentes, parpadearon y quedaron estabilizados en una buena y blanca luz.

Pregunta por los hombres y ellas contestaron lacónicamente que sí, que estaban bien, y trajinaron con los cacharros y lavan las verduras. Tal vez las mujeres le estén comunicando malestar, no sabe por qué. Tal vez todo el edificio y sus cosas están en ruinas y él no lo haya observado pensando, como ha estado, dentro de sí y suponiendo lo exterior. Se mueve una oscura transición a algo. Este irregular asunto pudiera ser una extraña y sádica trampa. Es preciso mirar fuera. Se toman como realidad los irracionales anhelos. Muchas veces. En ciertos casos es el único escape.

Verá a los hombres. Sale y recorre nuevamente los pasillos y, aunque oye ruido de trabajo en los talleres, más bien parece que todo está desierto. Ha de hablar con su capataz preferido, único que le entendió, y pondrá en marcha la realización de un antiguo proyecto. Será un triunfo su valioso florecimiento. Contrastación de su importancia, de su capacidad... Desde antes, un desconocido chirriar, de fuera. Se detiene y queda como oyendo bajo el alto techo: estos pasillos vacíos, este lejano silencio. Avanza penosa la transición. Olvida algo que le pareciera importante. A ratos se ve desde fuera, en una película de tensión y en una surrealista fábrica: puertas, pisos, elementos que se pierden en horizontes; líneas de extrañadas convergencias; planos de colores que se debilitan y oscurecen.

No le interesa el puesto. Hará caso omiso de la orden de incorporación. Puede alegar que no recibió escrito alguno. De todas maneras, él tiene ya su propio trabajo, independiente, que le atrae y absorbe. También tiene un poco de dinero. Sabe, ahora, que quedarse aquí será condenarse, destruirse los nervios. No está bien de los nervios, no lo está. Él es un ingenuo y sabe Dios por qué lo habrán atrapado aquí. Le da vueltas el miedo. En estos revueltos tiempos no se sabe lo que puede ocurrir. Él es inocente, nada ha dicho ni pedido. Pero hay frías fuerzas que pueden destruirle. La imperativa Causa puede haber dado la orden. No vale su inocencia. La Causa tortura, mata serenamente por la consecución de su inexorable contenido; las personitas no importan. Son nada, seres cursis y emotivos si bien nos fijamos.

—Tonterías...

Sí, tonterías. Ya antes, en la carretera, un coche a gran velocidad, seguramente conducido por un borracho, se le echó encima. Esa gente no hace caso de consejos. No se debe conducir borracho. Se ven coches volcados que, como nota dramática, mientras gira alguna rueda, panza arriba, siguen sonando su claxon distante, agudamente. También,

mientras gira al aire una rueda delantera, sigue funcionando la radio y surge de allí la música de Hilo de Seda, de los Pequeniques, ya hoy olvidados.

Enfila la escalera para lograr la otra planta, la principal. Siguen llegando ruidos de gente que trabaja. Oprime el que los objetos permanezcan tan absolutamente inmóviles. Se marchará de inmediato, el ambiente es ruin. Llega arriba. Exteriormente permanece inescrutable. Al fondo está su antiguo despacho. ¿Por qué habrá de estar él amenazado?

—Me comporto como un idiota.

Intenta caminar con paso fácil. A pocos metros le espera su despacho, al parecer solitario. Sólo que la puerta aparece entreabierta. Está entreabierta.

Y un hombre primitivo atraviesa un paisaje nevado. Un trozo de piel le pende de las caderas. Árboles grandes, rocas que asoman su cresta gris entre la blancura. Un elefante lanudo que se aproxima y sus grandes colmillos curvos aparecen sucios en contraste con el albor de la nieve. ¿Pertenece la escena a una encarnación anterior? Pero ya se sabe que el tiempo verdadero no tiene pasado ni futuro. Que esas variaciones nosotros mismos las creamos.

EL EXPECTANTE

Al otro lado de la mesa, en la silla para las visitas, la mujer: una chica fina que, en otras circunstancias, se abriría espontánea en una sonrisa festiva. Hoy, no; muestra una canelosa tez y un inquieto fruncimiento.

Con cierto hastío se atusó el achinado y teñido bigotillo. Precisamente irrumpe cuando le infiltraba un angustiado falsamente temblor. A través de la apaisada ventana, por sobre el campo yermo, creyó ver nuevamente su criatura en los distintos tarajales. De tantos años de contemplarlos engendró visiones de un ser hermético, inasible, vagante en el salobre desasistido bosquecillo, en la ribera del mar. Estaba receloso de su inventado fantasma... La chica es graciosa y delicada; costaba creer que fuera madre de familia.

—Y no permitiré que se repita —lanzaba con una vocecilla un tanto aguda por el nerviosismo. Dijo otras frases que escaparon a su atención distraída, atenta la mirada a su agradable rostro—. ¡Jamás lo toleraré!

Él dejó resbalar una sonrisa de apaciguamiento. Nacen días malos. La cocinera sufrió una sacudida con la máquina peladora y andaba estremecida por sus rincones. La superioridad ruega, como de costumbre, el más rápido y exacto cumplimiento de algún inútil cuestionario. Una serie concatenada de fastidios. Mostró un semblante comprensivo. Dijo blandamente:

—Todavía en estos tiempos... La verdad, lo siento más que usted. No volverá a suceder; me ocuparé de ello.

Estaba hastiado de tanto mirar el mar a través de la ventana y a su lejano, obsesionante fantasma. Considera que esta vida sedentaria acabará por degenerarle unos cuantos puntos más. Mira a los ojos de la chica. En ellos, en este momento, encuentra opacidad, imposición y un tanto de miedo. Ella continúa:

—Y si es necesario me quejaré donde convenga.

La amenaza de siempre. Una lástima. Le hubiera gustado llevarla a una sala de fiestas, a una discoteca, y tenerla en los brazos como por allí se estila. Pero su viejo corazón... Verdaderamente, a pesar de ser tan cambiante, es monótono el continuo mirar al mar y a los quietos tarajales sombríos. Y a su fantasma, de una mareadora persistencia.

Ella sigue adelante con sus quejas, y ahora su voz suena ligeramente ronca y su bello cuerpo se había entiesado sobre la silla. Tomó cierto encanto el contraste de su fiereza con la débil gracia de su figura.

—Mi marido quería venir.

Pudiera ser este engallamiento salida a una opresiva situación matrimonial. Quizá su marido la apalea con cierta regularidad. Cada persona anhela reafirmarse, tener su individual importancia. Poseen unas ridículas ansias imperialistas que buscan la brecha de la posibilidad. ¿Por qué se figura encontrarse ante un débil bastión? Las palabras siguen resbalándole. Imagina que estrechar un cuerpo tan grácil es algo más que un simple instinto de la especie. Es un sentimiento, no un roce. Un sentimiento que enternece y pone calor en las almas. Y esos ojos opacos se clarificarían tornándose hondos, húmedos y dulces.

—La ley lo prohíbe —insistió envalentonada. Él comenzó a sentirse cansado—. El director del periódico lo ha dicho.

El hallazgo de la brecha... En efecto, el director del periódico en vez de anunciar regocijado que, venturosamente, el querido colega de La Coruña estaba mejor de su molesto uñero, se dejó resbalar por la pecaminosa pendiente de la demagogia. Recuerda su escrito espumeante de santa indignación y su clamor desesperado para que se castigara al culpable, y que él conocía muy dignos profesionales.

—¡Ah, sí! —se sobresaltó—. Excelente persona, muy preocupado por el bien común. Le leo siempre. (¿Le leo o lo leo? Tendré que averiguarlo; ya la cabeza no me anda bien). —Debería estar al frente del país.

Buena idea enviarla al periódico con sus quejas a fin de que el director repitiera sus alaridos en demanda de justicia. Tal vez, al rasgarse nuevamente las vestiduras, mostrara su limpia ropa interior. En verdad que tenía la cabeza turbia. Sin darse mucha cuenta repuso a la endurecida mujer:

—Yo creo que debe usted consultar al Expectante.

—¿Al Expectante? —la mujer le miró en defensiva sospecha.

—¿Al Expectante? —se repitió él, con nombre, de pronto, para la entidad creada en la agrupación de salitrosos tarajales.

La joven se fue, removiendo en su pecho un fracasado rencor. Él quedó allí pensativo de nuevo. Se figura, ahora, al Expectante no como a un esperador inmisericorde. No; irradia lejos; hace crecer las plantas y dora sus frutos en los tiempos debidos; presta calor a la tierra y al vencido corazón de los hombres.

EL INTRUSO

De improviso un clamor nuevo rompió el del inacabable tráfico. Sin ver, se pensaría en una manifestación de aliento deportivo al antiguo estilo. Sonaba semejante a un hip, hip, solista, coreado al tercero por un potente hurra. Alguien abandonó el bar y asomó, curioso, a la puerta. Fuera, un hombre ya maduro, de gastadas ropas artesanas, anima enérgico a un grupo de jóvenes, y hace como esfuerzos por subirse sobre algo —más bien es bajo— y su cara muestra un frenetizado empuje. El montón de manifestantes ocupa la parte inferior de la pendiente plaza y, en parte, la calzada, con propósito de estorbar la circulación.

—El Luquitas encontró motivo —comentó maligno el que curioso asomara a otro, en la puerta del bar, que ni siquiera conocía—. ¡A lo que llegan las ganas! ¿De dónde habrá sacado ese altavoz?

Aquél lo usaba, vocifera en él con espaciada palabra tremolante.

—¡Han matado a un anciano! ¡Atropellado por un desaprensivo!... ¡Exigimos responsabilidades!

La última frase fue un puro alarido. Los estudiantes, unos cuarenta, manifestaron ruidosamente su deseo de justicia. Este apoyo duplicó las energías al del megáfono, que lo hizo vibrar a su satisfacción. Siguió clamando.

—¡Pasos de peatones! ¡Abajo las autoridades! ¡Semáforos! ...¡Despreocupación! —y repetía: ¡Mataron a un anciano desvalido! —y elevando un brazo al cielo en interrogadora acusación—. ¿De quién es la culpa?... ¡Mueran los caciques!

El maligno: “¡No deja escapar una! No sé qué gusto encuentra en estas cosas. Desde luego, los hay viciosos.”

Y alguno piensa como él. Un estudiante, ya viejo, considera a Lucas como un usurpador. También él, al enterarse de la muerte, acudió rápido a la estratégica plaza, y también con su megáfono, que acariciaba indeciso. Pudo reunir como una docena de muchachos, embrión de una segura masa; se pasaron al viejo, entusiasmados de su extravagante figura y sus gesticulaciones. Evidentemente, no resulta ético que vociferaran los dos al mismo tiempo. Se precisaba un acuerdo para los oportunos relevos.

Del conjunto se desprendió un sector que enfiló, con un oscilante ritmo precautivo, la próxima bocacalle, disimulando las prisas. Al otro extremo de la plaza pararon unos coches y descendieron ágiles los hombres. Tomaron posiciones; montaron los fusiles lanzapelotas unos, empuñaron las porras y los escudos los más. Quedaron parados, a la espera. Se hizo un silencio. El que parecía mandarlos se aproximó para parlamentar.

La ocasión de tomar la alternativa. El estudiantón, que hasta entonces permaneciera casi periférico, dio unos pasos. Le hacían falta un par de eficaces elementos. No pudo, con la presura, localizarlos; más bien se encontraba desasistido con los inocentes, y pocos, que pudo reunir. El policía, después de saludar militarmente, discute sereno con el viejo. Todos se aproximan para oír. Los replegados, al ver la cosa por entonces pacífica, abandonaron su bocacalle y se reintegraron.

Detuvo sus pasos de aproximación. El asunto discurre pésimamente. Ocultó el, hasta entonces inútil, megáfono de pilas a su espalda. Se ve que la ocasión fallaba. Existen

imponderables, como la misma presión atmosférica, que estropean las ocasiones mejores. En efecto, la policía convenció al viejo: se formará una comisión para presentar sus quejas al alcalde. ¡Valientes imbéciles! Lo malo es que él se encuentra como abatido y sin ganas. Sin embargo, qué buena coyuntura para atravesar coches.

Abandonó y se encaminó a la taberna. Iba triste, descorazonado, hueco de un insulso vacío. Hay días que se presentan mal. Miró al trasluz su vaso de ron, con desapego.

—¡Estos hediondos venenos!

Acaso le desmoralizara el imprevisto intruso. Y, más posible, su escasa alimentación durante la semana última; hubo de prestar una cantidad a un compañero.

No encontraba cómo reanimarse. Está cansado de sus andanzas nocturnas pintando sistemáticamente las paredes aparentes de la ciudad. Le molesta seguir de grafitero, ya perdida la emoción de peligro de las primeras veces, por más que había conseguido cierto arte y obtiene buenos y expresivos grafitos. Pintaba con rapidez y sin mancharse. Pero ello estaba bien para los más jóvenes. Su misión es dirigirlos e indicar frases y lugares; no quemarse con lo que otros pueden realizar.

—No sé qué voy a hacer —murmuró desalentado—. Las cosas se están virando. Y pensar que por la tarea, por esta lucha, he sacrificado mis estudios...

Y miró nuevamente con asco el incoloro ron; no podía permitirse más; el viejo, el maldito castrado, ya estaba mosca y se negaba, con burguesa obstinación, a aumentarle los giros.

POR MI CORAZÓN MEZQUINO

—¡Papas! ¡Papas! —rebatí mi madre con desdenosa cólera—. Siempre lo mismo. ¿Para eso te pagué la Universidad? Pero otra cosa no aprendes de tus amigos, esa perralla del Valle y de Santa Cruz.

Actuaba como verdadera gente del Cantón. No nació allí; sólo mi padre, de los que llaman renegados, que huyeron para no morir entre el hambre y la locura. Y lo de la Universidad de Ijuana más vale dejarlo. Se rieron de ella no sólo en la de La Laguna, sino en el mismo Instituto, donde se complacieron en humillarme con el examen de ingreso. Ella se adaptó a las disciplinadas líneas culturales de mi padre, profundamente, como el agua al barranco. Corrección, pureza, universalidad. Yo también, en mi raíz, he estado siempre programado como un cantonés más.

En cantón de Ijuana... Tomé la azada y me dirigí despacio al huerto, próximo a casa. Un bonito y conseguido rectangular campo de patatas, protegido de los vientos por las colindantes plataneras. Cavé un rato, tranquilo, rodeado de la agradable paz del campo. Y luego eché de menos al Lobo. Al otro lado del barranco, al extremo de la fila de casas donde al camino dobla, suele encontrarse a esta hora. Pero no está al pie del poste telefónico. Habrá salido con su amo. Desde allí no te columbra. Tienes que silbar, lo que sea, desde una cancioncilla a cualquier silbo inmodulado. Presto reconoce, alza las orejas, un momento de atención, y por inextricables vericuetos, paredes, huertas, llega hasta

aquí. Levanta su gran cuerpo y te hunde el morro en la garganta. Me acompaña luego a casa, saluda a mi madre y lanza una mirada hacia el recipiente donde comen los gatos.

Tal vez ya lo hayan matado. El Lobo está viejo, enfermo. Yo pienso que sí, matarlo dulcemente. El veterinario con sus inyecciones. Evitar el espectáculo y el sufrimiento de una decrepita vejez... Cuando paro en el pueblo es mi acompañante. Le gusta viajar. Se introduce en el coche, con rapidez, el primero de todos. Hasta ha visitado las salas de fiesta donde no se permite la entrada, según cartel, a animales domésticos. Manso, cariñoso, la gente gusta de acariciarle. Algunas noches suele introducirse en casa, una casa vacía de hijos, con muchas habitaciones, y se queda en mi cuarto. Está educado. Pongo un periódico en el suelo; lo olfatea un instante y se echa en él. Con su gran cabeza entre las patas delanteras se sumerge unos momentos en ideas desconocidas y benévolas; luego se estira bien y duerme.

Y esta tarde ha hecho así. Me despierta hundiendo su morro en mi costado y queda ante mí moviendo expectativamente la cola. ¿Cómo ha podido entrar? Mi madre se muestra rígidamente aquiescente, transige hasta cierto punto; no quiere robar perros ajenos. Sólo está un momento conmigo. Sale. Yo voy tras él. Abro la puerta y asomo al patio. El Lobo anda presuroso, sin detenerse en olisqueos, por la senda del Purís, rocas que se adentran en el mar, donde ahogan a los perros. Desaparece en un recodo y yo quedo atontado en una frustrada turbación. Me levanto y voy a charlar un rato con mi madre.

Por la noche me acerqué a la venta de Ventura, la dueña del perro. Estaba solitaria. Pedí un vaso de ginebra y tomé uno de los periódicos. Ella estaba indecisa y pasaba de la trastienda al mostrador. Me figuraba lo que quería decirme. Se paró ante mí.

—Ya no tenemos Lobo.

Seguí leyendo el periódico. El artículo explicaba un método moderno para escribir novelas. Ventura relata el viaje al veterinario, la inyección y cómo el perro quedó dormido. En el artículo se asegura que primero se precisa escribir la novela linealmente, con ciertos rasgos intrigantes, luego se enrevesa y trastorna, para dar gusto a los mentecatos. Antonio, el canario, cargó sobre sus hombros el pesado cadáver, metido en una bolsa de plástico. Ventura llora de nuevo y los ojos se ven enrojecidos tras las pequeñas gafas. Posiblemente la ginebra, mezclada con unas gotas de limón, y dejando caer dentro la corteza para que comunique su sabor, es la mejor de las bebidas, rebajada con un poco de tónica. Nada repuse a sus lamentos. Seguí leyendo con atención.

Después, en mi cuarto... Ya estaba dormido por los interminables siglos. Pero tal vez, no. Las noches siguientes rondó los alrededores. Un Lobo diferente de ojos rabiosos que fulguraban su rencor. Corría sin descanso en torno a mi casa, inquieto, furioso. Yo lo sentía galopar durante horas, atormentado, lleno de odio, odiándome a mí. Tenía que levantarme y quedar despierto. Lloraba él por mi traición.

Luego no apareció más. Hasta un día, creo que yo estaba en la huerta de las patatas; no me doy cuenta clara de lo que allí yo hacía. Un par de hombres se aproximaron, desconocidos, con tipo de campesinos, corpulento uno, el otro no tanto. De entre las plataneras surgió el Lobo, veloz, que se dirigió hacia mí. Estaba vivo. Flaco, casi atablado, y me clavó, como de costumbre, su hocico en mi vientre. Le acogí conmovido. Se removía en mis brazos y daba lengüetazos en mi cara. Los hombres llegaron. Me miraban con su punta de afecto.

—En la venta nos enteramos de la historia —explicó uno—. Escapó del veneno. Lo encontramos oculto en una cueva, donde nos condujo otro perro, un perdiguero cazador, y que parece que estuvo llevándole alimentos...

Como en un cuento antiguo.

—Pero ya es nuestro. Lo llevamos a nuestra casa y lo atendimos. Se va recuperando.

Acaricié al perro, que jugaba alborozado intentando arrancarme las sandalias.

Sentí dolor. El irremediable dolor de los recuerdos culpables. Acciones que llevan a un remordimiento que tarde se olvida.

Me levanté y salí al patio. Estuve contemplando las estrellas y unas luces de pescadores en el mar. Cuando los hombres se fueron, el Lobo dio vuelta y marchó con ellos. No miró hacia atrás. Sus nuevos amos se alejaban charlando amigablemente en la plácida tarde y me pareció, o fue fantasía extraviada, que el Lobo intervenía en su conversación.

POR NO SER COMPADRITO

Queda sólo el persistente olor, agarroso a la garganta, de los seres secos del supuesto mar. Impregna los gruesos maderos de la tienda, un salón alargado; y hasta, se piensa, en las onduladas planchas del alto penumbroso techo. La construyeron en el cruce de los caminos, sola, centro de las aisladas haciendas. Uno de ellos, más cuidado, blanquea polvoriento en busca del ancho y fangoso río, ruta de donde vienen las botellas abundantes, las bolsas del café, los sartenes ya herrumbrosos.

En la tarde van llegando los hombres del monótono mar, que semeja sin orillas. Atan las monturas a los palos, argollas, barras, del desordenado patio y entran su tufo a cuero y a rancioso sudor; emprenden la charla de siempre al arrimo de las tablas estriadas del mostrador cansado. Tal vez los hombres miren, por costumbre todavía firme, el grueso poste de un extremo donde años atrás colgaban, en rojo pardusco racimo, las ristras de pulpos de largo transporte y dura consistencia. Fink, el pulpero, resbala una distraída mirada al que llegó temprano, silencioso, como entretenido pacíficamente entre sí, que no conoce. Pero aleja su atención. Al principio habló algo en molesto dialecto, dijo llamarse Schamann e interrogó indiferente las gastadas cuestiones. También solicitó le cociesen un pulpo. No los había. Fink lo olvidó. Para él todos los clientes son un solo cliente. Quizá entretuviera el pensamiento en los antiguos pulpos, cuando la carreta se encaminaba al río y esperaba al viejo

vapor, una ancha rueda en la popa, remontador cansino de la corriente; atento el piloto a las movientes islas de barro y ramaje que las aguas criaban. Tras la chimenea, grabado en una gran placa de bronce, mostraba su femenino nombre con grandes y regulares letras: "Charo", y debajo, Dundee, 1.871. Ardió de viejo y sus restos fueron tragados por los senos cenagosos que no devuelven nada. Fink gustaba ir todos los meses a esperar su carga múltiple: sacos de arroz, paquetes de hierba; coloretes para las muchachas, perfumes baratos, jabones olorosos... Recordaba la tierra de su padre, llegado sesenta años antes del suburbio musgoso que las nieblas de Támesis protegían contra la sequedad. Sus azules ojos indiferentes miran de nuevo, casi sin querer, al llamado Schamann, que hizo gesto imperioso sobre su vaso.

Y cuando vertía el consuetudinario ron se introdujo, afantasmado, el nuevo forastero. Un hombre alto, cargado de hombros y de años, ojos turbios de ciego; hombre de ciudad vestido de ropas inventadas por la ciudad para la gente del llano. Furtivo, se situó en la parte más alejada, solo, abatido por el disimulado estudio de los llaneros, que ni siquiera hicieron silencio y presto sus cabezas volvieron suaves hacia la compañía. Únicamente el Schamann permaneció mirándole con muerta contemplación despreciativa; el pulpero lo hizo mientras se aproximaba a atenderle. Y se quedó a su lado porque le pareció enfermo y que solicitaba ayuda.

Y a su pregunta repuso con inconexas palabras que no entendió. Extrajo papeles de su bolsillo, documentos con timbre, y el pulpero, poco amigo de inútiles curiosidades, los leyó por arriba y dio unas vueltas en sus manos. Devolviéndolos con mayor cortesía de la acostumbrada. Le dijo:

—Aquí sólo se reúne gente de bien. No le obligarán, no tenemos guitarra.

Y, después de una dubitación, fue a recogerse en su apoyo usual; mientras, el hombre miraba, sin tocarlo, el vaso colocado ante sí.

Schamann, que últimamente le contemplara compasivo, dio unos lentos pasos y se puso a su lado en deseo de brindarle su protección o compañía.

Hablaron un rato. Luego Schamann, como quien cumple un tedioso encargo, sacó un bultoso revólver y con desdenosa tranquilidad hizo fuego, espaciadamente, dos veces. El otro, sin sorpresa en sus ojos, no más que llevando una mano al pecho, se rindió al suelo.

No revolaron los asistentes. Solamente callaron, mirando sorprendidos la siguiente escena. El matador guardó tranquilo su arma, les hizo un ligero saludo, y después oyeron el galope de su caballo que se alejaba.

Entonces se aproximaron y lo pusieron bien tendido y vieron su cara y sus abiertos ojos. Y su pecho ensangrentado.

Uno, cuero requemado, barba de siete días, llamado Domroht, preguntó a nadie.

—¿Quién será este hombre?

El pulpero, fastidiado por la molesta complicación, dijo:

—No sé... Por su apellido, Borges, debe ser alemán —dudó un poco en intento de recordar los papeles que el muerto le mostrara—. O, acaso, irlandés...

II. CONJURO EN IJUANA

LA REPULSA

Este Ramírez tiene una casa por los alrededores de Geneto, una casona antigua que ha reformado sin alterar sus líneas características. El jardín es una explanada de césped en la que, espaciadamente, se alzan unos jóvenes cipreses. Motivó la reunión el arribo de Ollero, procedente de Barcelona, para formar parte de un jurado literario. Desdichadamente aquel día, habiendo concluido un cuentecillo, lo celebré en una bodega en la que me hartaron de vino. Apenas cruzado el largo jardín, ya ante la puerta del chalet, me topé con Ollero y su coro de amistades. Me detuve ante él, oscilante acaso.

—¡Vaya, vaya! —saludé con lo que supuse una mueca sardónica— ¡Qué deseos tenía de verle! Estaba ansioso de agradecer la mención hecha en su desdichada Historia de la Literatura —acaso puse los brazos en jarras, antes de seguir afeando su conducta—. Uno no debe meterse en lo que ignora. El atrevimiento de algunos... Nadie le obligaba a lanzarse a tan difíciles cuestiones.

Su ensayada sonrisa saluatoria fue trocándose en mueca de desagrado y turbación.

—En la próxima edición... —se defendió tímido.

—Ni en la próxima ni en ninguna; dudo que se reedite. Estoy harto de que se me ignore. Largos años, infinitos trabajos y se me está negando mi pan y mi trigo; o mi cebada, si usted quiere. Desde luego, cuando usted comparó

Adaeva con ciertas noveluchas, ya se perfilaba el alcance de su sensibilidad.

La gente intervino, dirigiéndome miradas reprobatorias, y lo introdujeron dentro. Yo no estaba enfadado. Al contrario, me dominaba una alegría fluida y amical. No lo entendieron. Solamente era una broma en la que mi voz estuvo un poco enronquecida por el pasado vino. El deseo de romper mi continua seriedad creó el maldito equívoco. A Ollero le tuve mucha estima y traté bastante en los tiempos en que él llevaba nuestra página literaria. Le visitaba en su altílo de una imprenta, para llevarle mis trabajos, y discutíamos amigablemente.

Después de saludar al anfitrión y señora, tuve la desdicha de caer al lado de otro historiador literario, publicador reciente de un folleto sobre la literatura isleña que, según es costumbre, no se acordó de mí. Y es lo que a veces pienso: algunos individuos por haber estudiado un par de tomos de literatura, ya se creen con derecho a saber literatura, incrementado su conocimiento con el de las novelas de moda. Estos imbéciles creen que así como uno que estudia Química es químico, análogamente, ellos son literatos o tratantes de lo mismo. A este literaturólogo, corpulento con gordura, moreno como un árabe, los gruesos dedos con visibles sortijas, le saludé con un matiz de rencor.

—¡Qué tal, muchacho! ¿Cómo va esa pasta de dientes?

Me miró sorprendido. Pareció recordar.

—¡Ah, bien, bien! —se recuperó—. Y, ¿cómo está usted por aquí?

El literaturólogo vivía, tiempo atrás, en la Finca del Gato, en una casa terrera, a estilo de las antiguas de Santa Cruz. En un patio interior crecía una gran parra que cuidaba con esmero y que producía unos grandes racimos. Los reparte, bien presentados, a unos amigos selectos. Un regio presente. Jamás me regaló uno, pese a mis alabanzas. Se sustentaba de unas clases particulares, en su propia casa, y

de unos oscuros negocios que manejaba con peculiar cautela. Tenía un cuartucho dedicado a almacén de sus varios artículos, en aquel tiempo, hace unos veinticinco años, no muy corrientes. Los manipulaba con misterio y colocaba entre ciertas personas, nombrando, admirativamente, las marcas, casi todas americanas: pasta para dientes, cremas de belleza, bolígrafos cuadrados, camisas. Escribía articulitos de crítica en nuestra página.

—Las salidas de las neurastenias —le dije pensativamente— suelen buscar tres caminos: hacerse políticos ilegales con la causa correspondiente, traficar con preservativos, o meterse en las letras y las artes. Ello, naturalmente, no significa la posesión de las necesarias cualidades. Tampoco la posibilidad remota de adquirirlas. Por ejemplo...

Malcriadamente me dejó la palabra en la boca. Vuelto de espaldas entabló desordenada conversación con un tercero. Cuando dije lo de preservativos no me refería al objeto, sino a un vago sentido de defensa, de sectas religiosas, de evasión. Pero al tiempo de decirlo recordé que también traficaba con ellos, americanos o ingleses, por supuesto. Quedé fastidiado; no era mi intención llegar a tanto. Quise disculparme. Le hincué dos dedos en el riñón.

—En lo de los preservativos —le dije— no quería significar...

Se volvió impaciente. Me rechazó, con dignidad.

—Por favor, no moleste.

Y volvió a presentarme sus anchas espaldas.

Hoy me consuela el pensamiento de que yace encajonado, tal vez con vistas al mar, en Santa Lastenia. Con su gran barriga, hubo de ser notable su máximo volumen cuando la hinchazón de los gases. Ni siquiera cabría entonces en su gran ataúd. Estarán resquebrajados y deshechos los dorados arabescos que lo adornaron.

Este desprecio me hizo sentir penosamente aislado. Sólo más tarde pude entablar algún convencional párrafo. Me hubiera agrado adherirme a un par de chicas, para mí desconocidas, bien guarnecido en un rincón. Mi actuación en esa fiesta fue mala; desde entonces José Ramírez no me invita. No obstante, cuando casualmente nos cruzamos, procura un saludo cordial. Sé que pasada la euforia vinosa me sentí pesado, tristón y que, furtivamente, abandoné la reunión con el humillador sentimiento de no haber estado a la debida altura. Si yo pretendía que me citaran, no era ése el adecuado camino.

—Con que sí —me alejé mascullando—, las uvas selectas... Siempre me fueron vedadas, e incluso el ofrecimiento de los raros artículos, por más que siempre me han revuelto esas mariconadas. Lo malo de este asunto es que no me siento con deseos de plantar mis propias parras, ni la suficiente capacidad para apreciar las raras mercancías. Y todo eso marca, deja estigmas. El hombre es una unidad y se le conoce por cualquiera de sus muchas manifestaciones. Si no sabes apreciar la calidad de una buena pasta dentífrica, tampoco podrás hacerlo con un buen poema. No, es imposible, la razón es incontrovertible y fundamental. Aquello de margaritas a cerdos. Pero yo también fabrico mis margaritas y habrá cerdos que ni siquiera se aproximen... Lo malo es que esta gente me está acomplejando —seguí largo rato en mi rezongueo mientras caminaba solitario y dolido bajo las frías estrellas—. Y pensar que a los cuarenta años pensaba ser premio Nobel... Pues sí.

REFUGIOS

Que esta situación haya sido consecuencia de sus anteriores desvaríos, es posible. Propia culpa suya; los demás, son ajenos, no busca justificación. No ha huido porque ellos le molesten íntegramente, sino por la perfecta conciencia de la extrañeza de esa totalidad. Se sabe gobernado por una esquizofrénica maquinaria y su lubricación de acedías y cansancios. Y como quiere separarse, lo hizo una vez hacia un mar aleatorio, lejano e indiscernible, y ello marcó una profunda muesca más en su futuro, una de tantas con las que hubo de contar.

Se encuentra en un desconocido desván, no sabe cómo, tal vez una embriaguez para olvidar, apaciguante por horas, insertadora amiga en un contexto. Consecuencia de lo anterior, de ese mar indiscernible, de esa recogida en mundos restringidos e inferiores: una isla desierta a la entrada del mar Rojo, pedregosa barrida por secos vientos que impide la frondosa vida que se entrelaza, que explota, que muere y renace constantemente con una energía que deja de ser misterio para ser inacabable, impulsión incontenida. No su isla inhóspita donde las coriáceas plantas, unas cuantas, se apegan a la tierra y están rodeadas de soledad, y viven un inexplicable prodigio, un incomprensible hecho ante los lejanos cielos, ante un mar eterno e indiferente; y al cabo de unos días, o unos meses, surge el enigmático fenómeno de una floración, unas florecillas aplastadas contra el suelo, sin esplendores para nadie, recogidas, estremeciéndose leves

al impulso del viento. Sólo la fantasía supone que ven a lo extenso y que su solitario ser condensa una tensión que se autoenvuelve, pequeño niño abandonado que mira sus dedos, ronronea indescifrables sonidos como si se infiltrara de su propia ternura. O bien esos lagartos que nunca vieron a un hombre y sustentan un milagro, tendidos al sol sobre las piedras de los páramos donde ni siquiera la hierba crece, aislados, sintiendo pasar las horas, las noches. Alguna vez comprenderá a otro lagarto, el paso de la brisa, unas gotas de lluvia; todo su mundo: una seguida sensación de lento latido unida a una supuesta metafísica enlazada al fluir del tiempo. Ésos son los caminos de su mente: unos pocos vegetales en el desierto, un lagarto, el universo de un niño abandonado. Tres direcciones en las que se va desgastando torpemente. Y, acaso, los sueños de su cuerpo.

Pero ahora está aquí, no en la creada, solitaria y protectora isla. Está en un desconocido desván de oblicuas paredes. Ante la ventana se extiende La Laguna, una ciudad cambiada, más antigua; la inmovilidad de las torres de las iglesias busca reforzarse por otra quietud áspera y alejada, un amanecer antes de que el sol toque. Se retira de la ventana, tres pisos sobre la desierta calle. Vuelve al interior de la habitación, polvorienta. Sortea las espesas colgaduras de la tela de las arañas.

Es incapaz de resolver, de bajar tranquilamente las escaleras y alejarse por la calle. Lo sorprenderán bajando. ¿Qué hace en esta casa y a tales horas? La gente gritará y se iniciará una innoble persecución. A la gente le gusta perseguir, aullar, maltratar al desdichado para sentirse un poco ellos. Sí, lo sabe. Está prisionero en este maldito cuartocho, animal expiatorio para las faltas de la canalla. No lo desaprovecharán.

Es repugnante ser hombre, no le interesa ser hombre. Cualquier otra cosa, cualquier animal libre, una mosca, una hormiga, un pajarillo, un ser oscuro sin inteligencia. Se rebajaría a ser avispa; no quiere racional pensar, sólo sentir:

la caricia del viento, el color de las montañas, el reflejo del agua... Eso parece ser locura, desquiciamiento. Dicen que aquel Evangelista, vagabundo por las plazas y ansioso de sol, le perturbara. Pero no, él es así porque no es posible existir de otra manera. El famoso Evangelista fue un pobre diablo a quien se unió empujado por su juvenil terneza; no tuvo negra influencia tenebrosa, no podía tenerla. Ése, buscando asentamiento, buscando una razón para su vida, fuera de sí mismo, fue primeramente furibundo orteguiano; después, teósofo, testigo de Jehová, se perfeccionó en el yoga, fue ecologista. Sólo en la novedad, estas ocupaciones apaciguaron su temeroso y desatado cerebro.

¡Fuera toda esa basura! Ser mosca, una enorme mosca de uno setenta, de patas flacas y velludas. Claro que si lo cogieran sería destinado a un museo de Ciencias Naturales y otros problemas. Dado su tamaño, ¿podría volar? ¿Le obedecerían las alas o necesitaría un previo aprendizaje? ¿Por qué no iba a ser? Pasea de un rincón al otro con relativa satisfacción. Sus seis patas se moverían coordinadamente y con ligereza. Mas no le deja la desgarradora inquietud de encontrarse acorralado. Tonterías, no hay que perder la sensatez. La habitación es clara, perfecta, y a través de la ventana se ven pasar las nubes del cielo. Asoma. El panorama continúa igual, su tinte tétrico tal vez disminuido. Con forzada tranquilidad contempla las calles, las torres, las lejanas colinas. Distingue voces humanas. Pasa un grupo de tres obreros; una somnolienta mujer, próxima, adelanta la cabeza. Sin bruscos movimientos, con el corazón encogido, se fue retirando dentro en vano intento de apaciguar el pánico. Si le descubren como mosca está perdido. No hay salvación en forma alguna. Inmediatamente se organizarán pelotones armados para la captura de tan extraordinario animal, vivo o muerto; seguramente le matarían para estudiar sus órganos, aunque luego pasara largos años embalsamado. Este miedo desplaza su anterior horror. Es un hombre. Aunque interese conservar el despegue con los otros. Ya verá más adelante.

Abandonar los sueños. Es preciso escapar y correr el albur de encontrarse con los habitantes del caserón. No sucederá nada. Algunas palabras, acaso. Una puerta pintada de satinado verde, a trozos cubierta de manchas, posiblemente conduce a la escalera. Manipula la cerradura, inútilmente. Entonces, ¿cómo pudo entrar? El alcohol es sólo benéfico a ratos, luego se cobra con usura. Recorre con contenida furia la habitación y arrastra consigo grandes colgajos de las telas de las arañas espesadas por el polvo. Y queda contemplando una, muy negra y grande, de ojos brillantes, que le hizo desinflarse en una risita histérica. La vieja enemiga, la ancestral, la antigua, la de siempre depredadora. Su risa, mentalmente, se transforma en sarcástica ante la idea de ataque por parte de la pequeña drácula. Él es un hombre.

El desván está desamoblado. La tenaz inquietud le mueve de un sitio a otro. Llega de nuevo a la cerradura, inútilmente. Lanza, de tiempo en tiempo, una mirada al exterior, ya normalizado: numerosos transeúntes y vehículos, el sonido de radios en las casas vecinas... Espera alguna transformación, un cambio de estructura de la ciudad, nuevos acontecimientos. Cesa en su paseo. Unos trozos de tabla en un rincón, una mesa hecha pedazos. Logra extraer una regular astilla. Se dirige hacia la pared, hacia el orificio donde estuvo empotrado un gran clavo, actual vivienda de la araña de los ojos brillantes, tapizado su túnel, a la espera, inmóvil en inagotable paciencia. Enfila la astilla al bicho y la lanza hacia adelante. La araña tuvo como un estremecimiento, retirándose apenas al interior, estiradas las patas delanteras; se diría que más que miedo había en ella una asombrada curiosidad, algo que desconcertaba su programación neuronal. Ante un nuevo ataque se recoge en las profundidades. Escarba inútilmente hasta que, cansado del juego, deja caer la astilla. Vuelve a su inquieto caminar.

Todo lo mismo. Nuevas reflexiones: no se puede permanecer aquí indefinidamente, tiene que comer. Además, pueden sorprenderlo. Personas que hace semanas no han

subido al desván, sucedería que ahora, según es conforme con las malditas casualidades, lo hagan. Una confusa atracción empuja a la gente hacia los lugares donde está sucediendo algo; los inocentes acaeceres se encadenan y conducen a un resultado fatal. Tiene que decidirse. Golpeará la puerta, fuertemente, hasta que el escándalo obligue a alguien a subir. Cuando abran, saludará diciendo usted perdone y se lanzará rápido escaleras abajo en busca de la libertad.

Pero tiene miedo, irremediablemente, y no puede hacerlo. Pudiera escapar como mosca. Si fuera una mosca, aunque gigantesca, pudiera hacerlo. Reflexiona: "Si fuera mosca sería yo más mío que nunca, más profundamente. Sería todo el Universo. Aparte de mí, todos esos innumerables individuos, animales y montañas, no valdrían lo que una ligera molestia en una de mis patas. Mi gusto sería que todos reventaran, que se tornen estiércol, que se hagan humo, y sus estatuas y sus libritos. Por aquí ha pasado la mano de Dios, ha puesto orden de justicia en tanto tiempo de extravagancias, de paternales consejos. He abierto los ojos. Estoy aparte de las moscas y de los hombres. No soy ni hombre ni mosca. ¡Y pensar que he sentido por los unos y las otras cálidos afectos, sentimientos fraternales, sociales, preocupaciones! Si algún tipillo de éstos me viera en vuelo, dominado por un ansia incontenible, me lanzaba un tiro con una escopeta de balines... Calma, aguanta, no desbarres. Eres un pobre hombre de dos patas solamente y no tienes alas".

Se impone marcharse, abandonar este refugio, acogerse a un lugar seguro. Si fuera el insecto no habría inconveniente. Sólo buscar un paraje solitario, salvaje, deshabitado... Ijuana. Ijuana, sí, que desde esta circunstancia aparece como tierra presentida. Un vallecito largo y estrecho; un barranco sombrío; un fragoso arrugamiento de la tierra al cual se agarran inútiles matorrales. Acaba en un mar movido de costa abrupta y difícil. Cuando Evangelista le arrastraba consigo a esos arrabales, la gente se tocaba los codos y murmuraba con compasión falsa: "Lo hará igual que él, otro chiflado.

Su familia no se opone, no puede gobernarlo. También pasará por el Siquiátrico, lo mismo que él. Son locos pacíficos, no matan, pero sí hacen daño". Y los otros seguían: Este hombre no está mal, no es mentecato, pero piensa cosas. Prefiero ser como soy; eso de la cabeza es muy delicado. Recuerda los comentarios y tiene placer. Se frota dulcemente las manos, igual que una mosca lo haría con sus patas delanteras. Y con una cierta espumita vengativa en la idea-ción de futuras acciones.

—Esos pobres babiecas que se ponen por encima porque precisamente tienen ideas limitadas. Será delicioso volar alto sobre ellos y, con cuidado, defecarles encima... Pero no, olvidemos venganzas, es indigno. No nos dejemos llevar por viejos rencores. Sí, olvidarlos, matarlos en nuestra memoria.

Mira nuevamente por la ventana y mira afuera pensativo. Dispone su partida para el anochecer, protegido por la oscuridad, y volando lo suficiente alto para resguardarse de posibles ataques de mochuelos u otras aves nocturnas. La astilla de la mesa, en caso de improbable ataque, le servirá de eficaz puñal. Conviene sobrevolar La Laguna hasta Las Mercedes y la Cruz de Afur; desde allí seguir el lomo de la cordillera guiándose por las luces de los pueblos: Roque Negro, después Valleseco, María Jiménez y San Andrés, a la derecha; más adelante, Igueste, y a la izquierda Taganana. Seguir hasta el caserío de Las Casillas y tomar el barranco que va descendiendo largamente, el barranco de Ijuana, rindiendo viaje en Juan Bay, sobre la rústica choza de la explanada, ya usada otras veces y sin el consentimiento del Viejo. Evangelista mentía tenerlo. Aquí se impone la meditación. Es evidente que no puede quedarse sobre el techo o sobre las piedras circundantes como una mosca normal; necesita del ocultamiento, de las precauciones y de la comodidad. Deslizarse hacia lo alto del Pitón, bordeando los acantilados sobre el mar. Al pensar en ello se siente inundado de una placentera alegría. Allí, fuera del alcance del mundo, nunca tendrá que volver atrás. Ahora se da perfecta cuenta

de la sublimación de su estado. Dejar ese espantable tedio diario de hacer obligatoriamente las mismas cosas; no volver más al degradante trabajo de todos los días. Es el abandono de un mundo desesperanzador, que así se fue transformando; de los odios y rencores acumulados, un asfixiante hálito que todo lo quema, lo babea; la impertinencia, el egoísmo; esa nube pesada, opaca, glutinosa, que deshace y amarga los posibles sentidos de la vida... Todo eso acabó. Únicamente su propia responsabilidad. Mañana no se incorpora a su infierno, ni pasado, ni nunca más. Por delante, un inacabable horizonte de libertad, sólo desprendido de esas adherencias infinitas... La alegría que siente le impide razonar. Su barriga se estremece en espasmos como si con ella hiciera una desordenada respiración. Ésta es la metamorfosis verdadera, renaciente de los viejos deshechos de su cuerpo y de su mente arruinados... Hace falta un habitáculo en los inaccesibles acantilados, tal vez una de esas profundas cuevecillas donde suelen hacer su nido las pardelas. Taponará la entrada con ramas y piedras para impedir indeseables ocupaciones. Y proveerse de armas elementales: alguna estaca afilada, la fisga de un pulpero, no sólo para la defensa, sino para la búsqueda de alimentos: lapas que dejará pudrirse al sol para luego absorber su caldo delicioso; cangrejos, machacadas frutas. Siempre, a pesar de todo, la mente razonadora ha de vencer a la forma.

Salir nocturnamente, un par de horas nada más, a buscar las subsistencias, provisto de las armas, y por el día permanecer agazapado a la entrada de su agujero, en adormecido pensamiento; o estudiando los cambiantes colores del mar; observar cómo el viento levanta las espumas, cómo pasan las barcas de los pescadores, cómo humean los barcos lejanos. Incansablemente. Así.

ENTONCES

Torres deja resbalar escéptico su contemplativa mirada a lo largo de la forestosa hoya. Sí, bonita. Arriba y a los lados, más árboles, grandes y pequeños; mucho brezo a los márgenes, y otros largos. También algún forastero eucalipto... Bien, esta gente conoce poco. Pero él recorrió los interminables bosques que bajan hasta los fiordos noruegos y casi tocan las aguas. Cada uno lo suyo. Estos sencillos están contentos y felices con sus —ajenas— posesiones, y se sumergen y parece incluso que se bañan en ellas. O tal vez creen que ellos mismos las crearon. Mario le vuelve la espalda y se sienta en una piedra al linde del camino. Conoce sus historias; supone los compasivos pensamientos; interpreta la chispa oscilante de sus tímidos ojos. Pero los otros, quemados por la ciudad, se complacen en el ambiente del bosque y están animados; de sus almitas nacen invisibles proyecciones que se deslizan amorosas por las laderas, y al recogerse, vienen impregnadas de extrañables hálitos.

Está la paz y el retorno. No por mucho tiempo, siempre ha sido así. Éstos tienden, románticos, a remontarse a sus lejanas silvestres fuentes, a forzar una pequeña excursión de no mucho tiempo, y recogerse después en el sólido hogar —casas baratas de barriada— y basta de novelería. Su seco ambiente, sus cómodas sillas. Aquí, ahora, cae una ligera llovizna. Pasará pronto.

Torres habla a los inocentes. Intuye que deben de estar satisfechos.

—Bien, muchachos, vayamos desfilando. Les invito a una copa.

Rechazan su persuasiva instancia. La sensibilidad queda herida, en este contorno, ante la proposición. Aguanta con sonrisa comprensiva las inevitables infantilidades. Falta de un mayor desarrollo.

Caminan por un sendero al abrigo de la crecida arboleda. Al fondo brilla el agua, poca, resbalando por el inclinado cauce. Idílico riachuelo que lame la musgosa piedra. Y los copudos árboles.

Se desvían, recorren caminitos. Cesa la llovizna; el bosque y, abajo, el campo, lucen hermosos en el atardecer sombrío. Torres insiste.

—Hoy, en Las Mimosas, tienen ostras recién llegadas.

Como ya están de vuelta, aceptan todos. Aceleran la marcha.

Esta invitación, por forzada casualidad, conducirá otra vez a Mario a su vieja y obsesionada investigación de los documentos. Hace tantos años que duda de lo que vieran sus propios ojos: legajos con historias que pocos saben, falsas o verdaderas, donde se descubre el verdadero nombre de Colón; el diario, o copia, del Piloto Anónimo. Y otros muchos confeccionados por la gente de allá, cantera tenaz de fantasioso trabajo.

Y su mente, de nuevo, vuelve atrás, a un paisaje casi insólito. Siente, otra vez. El vallejo, entonces, encogía el corazón a los mismos que en él nacieron, estrecho y sombrío. Hoy, y para otros, tal vez encantador. Altas, escarpadas montañas. Siempre le pareció que a lo largo del valle pasaba un aullido sordo, llorando soledad. Creación de su ánimo entumecido, y de las otras personas que con persistencia ciega, tal vez intelectual, se aferraban al terreno árido, embatido por los vientos, el alisio que gime en inmisericordes revueltas. Quedaban por fuera su tierra, su corazón social,

su cantón de Ijuana. Y todo se mezclaba y surgieron unas gentes duras, secas, obstinadas, firmes en unas formas —campesinos caballeros míseros— que despreciaban a las extrañas. Se mostraron dominadores con las gentes colindantes: Taganana, La Punta, Igueste, Benijo... Se suponían una benévola protección al resto de Tenerife, y a los de las demás islas y país desdeñaron: esa gentualla gomera, canaria, palmera; peninsulares arramblados, muertos de hambre.

Esto, hace mucho tiempo. Entonces era un muchacho. Al salir de clase —de pesada y compleja temática humanística—, cuando los tiempos fueron de sequía, tomaba la gruesa vara y la sentaba sobre los hombros. A cada extremo cuelga una lata de diez litros. Las llenaba en los charcos del barranco y asciende a los huertos en terraza, al borde mismo. Más arriba, campo para las esqueléticas vacas de pastos insuficientes, y más alto aún, hasta las cumbres del valle, para las vigiladas cabras. En cada tronco de parra vierte un contenido y cubre con hierbas secas. Es preciso conservar las vides por sobre todas las cosas. Su artesanía superior. El escaso vino se exportaba lejos. Tal vez no fuera tan triste el valle. Densas higueras hicieron manchas de verdor. En cierta hoya alta, los dulces morales. Algún durazno; y donde no crecen la cebada y la batata, los salvajes nopales de donde sacaba los porretos que, a fines de Otoño, cubrían con sus extensiones verdes y amarillas las ya desiertas huertas. También le era una tortura mondar uno a uno los innumerables tunos e ir extendiéndolos al sol. Eran la segunda materia de comercio. En los buenos años lluviosos discurre el arroyo durante meses. Las trabajosas acequias, a veces talladas en la roca, distribuyen el riego por los sitios convenientes.

Entonces crece alta la hierba. Toman cuerpo los animales, los hombres dedican horas a sus libros y a sus caprichosos escritos, empujados por una supuesta y tenaz cultura. ¿Qué escribían o leían estas gentes, poco más de media docena de familiares, en habitáculos dispersos en las revueltas del valle? A veces, libre de los cacharros, asciende por las

laderas siguiendo los meandros de los caminitos y llega a la cumbre. Sus ojos avizoran envidiosos más allá, germinada de entonces su ansia de escapar. Al retorno, cuando descende, divisa la Catedral y la Universidad, pretenciosas construcciones en piedra roja de fácil labrado, barrocas en sus tallas y austeras en ornamentos interiores y moblaje. Por la noche, un rato a la luz de la lámpara de aceite: verbos latinos, historia griega. Los padres, en oscura madera, leen en silencio, remiendan las ropas, reparan objetos. Quizá hablen de la venida de las pequeñas goletas, ya poco numerosas.

Y ahora con este hombre en busca de las nunca, por Mario, gustadas ostras, sólo curiosidad que no ansia gastronómica. Penetran en un bar encajado entre las arboledas de Las Mimosas. Estaba una muchacha, con ellos; se fue de la mano de Torres, que había de pagar. Torres relata sus curiosas aventuras por los países nórdicos. Incluso con una tal Erica, sobrina de Knut Hamsun. Su dinero no le daba únicamente facilidades materiales, también intelectivas y de imaginación. Dispuso el menú con una parsimonia de gestos y palabras característica.

Mientras tanto quedaron en el bar. Luces discretas. La barra forma una gran herradura. Algunos comen en ella y Mario no pudo menos que admirar la sencilla elegancia con que un señor maneja los cubiertos. Mario pidió le sirvieran un vino de Galicia, no sabe si auténtico. Le recuerda su sabor, su vida de muchacho. Al mirar nuevamente al señor de los elegantes modales, al artista de los cubiertos, percibió un matiz especial fuera de lo común. Y de sus manos hábiles pasó a la observación de sus facciones en un vago intento de aclarar. De nuevo a las manos. Un recuerdo se abre suavemente, seguro. Comía como un refinado caballero que se ve obligado en medio de un pedregal, o en la ladera de una montaña, o en un choza humilde; sabe que tiene que comportarse con arreglo a unas rígidas normas, vencido un negativo ambiente y una miseria. Y ese estilo,

cuando sobrepasa las adversas condiciones, marca para siempre.

Mario al principio sintió repulsa, por lo conocido y su secuela; después, una cálida atracción; más tarde interés por un problema que durante años le inquietara. Posiblemente aquel señor es pariente suyo, y por su edad, más de cincuenta años, tuvieron forzoso conocimiento en su niñez. Abandona su asiento, decidido, y con una cierta alegría, no sabe por qué, de indeterminada revancha. A aquél le acompaña una mujer, cuarentona, de pelo teñido. Se aproxima y le toca en el hombro.

—Tranquilas noches —saludó—. Veo que se propone olvidar antiguas escaseces.

El interpelado se volvió lento, atónito ante la inesperada acometida. Sus manos quedaron suspensas en el aire, presos en ellas, con la propia elegancia, cuchillo y tenedor. Dicen sus ojos que hubo intromisión intolerable. Pero tiene categoría. Interrogó con cortesía forzada.

—¿Perdón?

El hombre deja despacio los brazos sobre la barra y sus ojos se tornaron más opacos y alejadores.

—Si esto es una broma, le advierto que no sé cómo tomarla. Ciertamente...

Gira hacia la mujer, poniéndola por testigo. Mario ya estaba cierto.

—No, no es una broma. Pura curiosidad. Siempre me he preguntado cuánto obtuvo usted con la venta de la Catedral.

Desaparece el empaque y abandona definitivo los cubiertos sobre el plato. Sus ojos se adentran, más bien curiosamente, en los de Mario, y recorre ostensiblemente sus facciones. La Catedral fue desmontada en el 34, y sus rojizas piedras, a lomo de mulos, llevadas hasta Antequera y de allí en un

viejo goletón —815 toneladas— hasta, ¿quién lo supusiera?, la impensable Turquía, territorio de sobrada pobreza y monumentos. Nada se conoce sobre su comprador ni la motivación de este capricho.

El primo —estaba seguro de que lo era— deja marcarse en sus labios como un esbozo de sonrisa.

A la suave luz del bar las gentes se recogen en sus asuntos. Hasta sus amigos, después de un vistazo de curiosidad, conversan en voz baja, adaptados al tranquilo ambiente. Solamente en la esfera de los dos primos parece existir una amortiguada tensión.

—Debería usted saberlo. Según creo recordar, fue su padre quien intervino en el traslado y venta. Me extraña su ignorancia, si es que es cierta.

Queda como pensativo. Comenta:

—Ciertamente, no se obtuvo un mal precio.

Mario, ante la revelación, permanece impasible. Brotan imágenes y recuerdos. Por aquel tiempo compró su padre sus pequeñas tierras de Igueste que, unidas a las maternas, les permitieron adelantar. A veces, a pesar de su poca edad, se preguntó cómo pudo reunir el suficiente dinero. Ni siquiera su madre lo sabía, o lo había reservado estrechamente.

—Aunque su padre abandonó Ijuana un año antes, no renunció totalmente.

Sí, tuvieron que abandonar Ijuana huyendo del hambre y la locura. A estos que marchaban se les llamó renegados, gente descendida a mezclarse con el inferior montón de más allá de sus cumbres. Innumerables lo hicieron, siempre lo habían hecho, faltos de espacio para todos. Fueron gentes extrañas y, sin duda alguna, productos del sueño de la razón. Tuvo que existir un primer hombre que los transformara, un dominante caudillo que de arriba a abajo les

imbuyera de mesiánicas ideas. No se sabe, ahora, quién fue; debe aparecer, en los innúmeros escritos, a mano, de sus sucesores. Cuando Pi y Margall, proclamaron, sin más, su cantón, y en él permanecieron indiferentes a todo cambio político. En la misma época llegaron las doctrinas y experiencias espiritistas. Como eran unas seis familias, nadie les hizo caso, pero levantaron su catedral y su universidad, y construyeron leyes.

Viñedos cubrían trabajosos huertecillos colgados de las laderas: su exportación, y los higos porretos que los expatriados comprarían como curiosidad y recuerdo de la tierra natal, allá en las Antillas. Los transportaban las inverosímiles goletas de cien toneladas, o menos, que regularmente cargaban la salazón trabajada en la vecina Antequera (chernes, burros, samas, de la Costa). Lo de Ijuana, como flete complementario, ya que todos sus productos vendibles no bastarían para completar una sola de ellas. Y dos o tres pasajeros, a quince duros cada uno.

Mario, confuso, quedó desprovisto de argumentos.

—No lo sabía —se disculpa—. Y me cuesta creerlo; no me parece conforme con lo que él era... Pero, por indicios, supongo que dice la verdad.

—Sí, es cierto. Y también lo de mi padre. Entre los dos resolvieron el negocio. Lo increíble es el comprador. No me avergüenzo, me alegro. Somos una tribu despabilada, mejor que ésta que nos estorba. Le digo que cuando me acuerdo de aquel asqueroso barranco... ¿Cómo pudieron los nuestros, siendo como eran, dejarse enloquecer allí?

—Porque querían estar locos. A veces los pueblos sienten esa necesidad. O porque se consideraban de un superior nivel al de la gentecilla. Ya se sabe, los de fuera.

Mario vuelve la espalda a sus amigos; le hacían señas disimuladas de incorporarse. Dijo al primo:

—Hay que estar dentro y hay que estar fuera, como se dice. Otros llevaron peor vida y con más satisfacción. La mente todo lo domina. Nosotros ya estamos fuera. Y no me burlo de ellos ni los compadezco, completamente. Aún no penetro su afán, su tiesura, sus reglas. Me produce una afectuosa sensación imaginármelos, como los vi tantas veces de pequeño, inclinados sobre las toscas mesas a la luz de candiles de aceite, escribiendo en buen papel, papel de barba creo, a tinta. Primero marcaban las líneas suavemente con un lápiz. Y ese fenómeno ha sido mi mayor inquietud, mi atormentadora curiosidad. ¿Qué anotaban, qué historias extraían de sus cabezas? No puedo suponérmelo.

—Tengo idea, de oírlo contar, de un viejo forastero, un huido político y animista, que parece que les encandiló con sus doctrinas. Recuerdo sus historias, nunca lo vi, ya estaba muerto mucho tiempo antes. Pero claro, eso no podía ser. Supongo que llevarían una especie de diario. O anotarían sus manipulaciones espiritistas. En su aburrimiento fueron entusiastas de eso.

Mario denegó.

—Escribían siglos antes de nosotros nacer, yo recuerdo las sesiones. Más bien pienso que escribieron algo como multitud de Apocalipsis, o temas semejantes; fantásticas epopeyas en largas tiradas de versos; historias inventadas: pura narrativa, que diríamos hoy.

El primo hizo un gesto de impaciencia. Dijo, algo brusco:

—Y eso, ¿qué importa? Cuando se fueron los últimos, quemaron sus inútiles papeles. Estoy seguro de que si alguno cayera en nuestras manos, nos reiríamos. El desconocimiento pone misterio. No eran, en ese sentido, nada extraordinario. ¿Qué misterio podía existir?

Quiere eludir el tema. Mario contemporiza.

—Supongo que sí, que sería una sarta de pesadas tonterías. Pero, como usted recordó, está el caso del refugiado. ¿Qué pintaba allí y por qué permaneció o le dejaron permanecer? Tuvo que haber un fondo, una tierra abonada. ¿Quién sabe cómo asimilaron sus doctrinas supuestas y en qué forma los sensibilizó? Todas las escrituras que creyeron dignas las depositaban en la Universidad, lo recuerdo, en un cuarto pequeño, pilas y pilas de manuscritos. Y de su extraordinaria mentalidad no se puede esperar un conjunto de inútiles sandeces... ¿Dónde están los documentos?

Puso urgencia en la pregunta. El primo, relajado, abandona su postura de persona con sus puntos de importancia. Únicamente un poco de aire desprendido. Bien vestido, buena figura, aún deben acogerle las mujeres. Su acompañante se muestra aburrida, sin atender. Revuelve en su cartera, mira los estantes, contempla sus uñas. Está aparte.

—No lo sé —contestó—. Es cierto que permanecí por allá hasta los últimos tiempos. Pero pasaron muchos años, no recuerdo hechos tan remotos... Ya antes del abandono total se perdió la disciplina, la biblioteca de los manuscritos fue saqueada. Existieron unos enlaces larguísimos que comunicaban con todo el mundo, o con partes muy lejanas. No sé nada seguro.

Hizo con sus manos un leve gesto de impotencia. Toma el vaso de vino y lo contempla un instante, como interesado por su color. Lo deja.

Continúa:

—Sin embargo tengo una idea, vaga, de un cierto Menéndez o Meléndez, que llenó un par de maletas antes de huir a Filipinas. Ya sabe usted que tuvimos muchos renegados. Allá fue a parar con los papeles. Últimamente se perdió interés y todas las cosas fueron posibles. Hace un par de meses, en el periódico y por pura casualidad, leí unos artículos sobre escritores filipinos que, todavía, escriben en castellano. Ese apellido era citado. Un hijo o nieto,

seguramente, del ladrón, o, tal como se pusieron las cosas, conservador. Me gustaría leer algo de ese hombre... Sí, los manuscritos más importantes fueron a parar a Manila.

Mantuvo una expresión escéptica. Resume:

—Bueno, supongo que ha sido así. Lo que puedo perfectamente asegurarle es que yo no tengo ninguno. Ni una hoja, ni media hoja. Ni me interesan.

—¡Lástima de pérdida! Cuánto apunte interesante anda oculto o extraviado.

—O destruido. Como dije, las personas últimas perdieron interés. No se preocupaban de ello. Incluso los tirarían o los usaron para el fuego, para envolver o para otros fines. Lo que me extraña es que, años antes, no hubieran montado una imprenta, aunque fuera pequeña, con tanta borrachera de cultura que tuvieron. Pero hubiera sido demasiado.

Emitió una falsa risilla ligera.

—Mi consejo es que no se preocupe. No vale la pena. Agradecemos el encontrarnos fuera. Imagínenos usted aún metidos allí.

—Pues he estado y me gusta de nuevo. He intentado recuperar algunas tierras. No queda en pie ni una de las antiguas viviendas.

El otro le miró pensativo, cansado.

—Yo sería incapaz de volver. No sólo porque la odio, sino por no verla hollada por los punteros. Ellos mismos deben haber arrasado y quemado los últimos restos. Así descargaron su rencor... ¿Usted no ha oído hablar del Gordo, puntero e hijo de punteros? Ahora acostumbra a ir por Roque Bermejo. Se las da de instruido. Hable con él. Su madre fue uno de los depredadores forasteros. Puede que tenga algo.

Se volvió hacia la mujer y dijo alguna frase confidencial. Ella se encogió de hombros. La audiencia tuvo su fin.

No fue preciso el encuentro con este hombre para despertar mis viejos recuerdos; siempre actuó sobre de mí la pesadilla del Cantón con una carga que el tiempo va transformando en más inasequible y esotérica. Me veo allí, niño, entre gentes extrañas, y yo era una de ellas, cruzadas entre sí hasta el infinito, o casi. Y tengo memoria de hechos que no doy por verídicos, figuraciones de mi infancia. Está el Idiota, largo, de protuberantes huesos, delgado, flaco; asciende su poderosa armazón. Registro mi primer encuentro cuando yo tendría ocho años. Vivió solo, sin mujer, su choza en un entrante del barranco. Frente a ella en un pequeño patio hablando solo, en pie. Mira al cielo y mueve lentamente los brazos sobre las tierras como en bendición. Sentí miedo. Él dijo con voz brusca, ronca, fuerte, dirigiéndome su enorme mano:

—Ven acá, muchacho.

Intentó dulcificar su agrio talante. Me agarró por el hombro y sus dedos se clavaron en él. Solemne, señaló hacia lo alto.

—Hay otras gentes por sobre nosotros. Sí, hay otras gentes. Nosotros mismos, cuando muramos, seremos otros seres.

Él hablaba corrientemente así, como predicador. Las fuertes rodillas asomaban a través de sus pantalones rotos. Supongo que no trabajaba. Tal vez la gente le diera de comer. No sé.

—Nos haremos de otra más fina sustancia y podremos vivir en la Luna y en los otros astros. Esas estrellas que tú ves de noche son mundos como el nuestro. Si nos perfeccionamos, portándonos bien, los alcanzaremos.

Yo miraba sus ojos, de un turbio azulenco, y asentía. Notaba el olor bronco de su cuerpo. Despreció mis débiles esfuerzos para librarme de la tenaza de sus dedos. Mira extático hacia el cañaveral.

—Dios me ha hablado; sí, a mí únicamente entre todos. No con la boca, Dios no la tiene; pero he sentido su palabra dentro, me ha escogido para la salvación de los demás. Atento, muy atento, se precisa permanecer para oír su palabra en nuestro corazón. Mantenerse vigilante...

—Sí, señor —le dije en mi inocencia, deseoso de huir.

—Y no son palabras las mías, propias de una infatuación. No, no lo son. Sabes que me ha dado poder para evocar a los difuntos, tomar su consejo, comunicarme con ellos. Y de los muertos, y en pureza, no puede venir mentira.

Sabía que era médium en las reuniones espiritistas.

—Y tengo otros poderes que me atestiguan como señalado.

Soltó mi hombro y miró hacia arriba, hacia el distante bosque en las brumosas cimas. Estuvo unos instantes mirándolo y como atento a algún sonido. Extendió las manos en su dirección.

—Mira, escucha... Verás llegar el torbellino, la demostración de mi fuerza, sí... Atiende, atiende bien.

Sobre la lejana cumbre se alzó de súbito, como lentamente disparada, una columna de tenue humo, alta; giraba sobre sí y se desplazaba hacia nosotros. Sugestionado, mantenía fijos en ella mis atónitos ojos. Se aproximaba y, al tiempo, fue haciéndose audible un siseo chisporroteante. Parecía formada por puntitos de polvo, casi invisibles, que a veces iridescían a la luz. El zumbido se hizo más intenso. Rastrea sobre el fondo del barranco y levanta surtidores de polvo. Perdía su visión, retornaba. Pasó como una veloz tromba junto a nosotros, casi tocándonos, con un agudo silbido temeroso. Se perdió camino del mar. Después, el silencio y el paisaje desierto.

—No tengas miedo.

Tuve miedo, no del propio fenómeno, sino de él, del Idiota. Me tocó en el hombro, apaciguador, tranquilizante.

—Todo ello está, o será escrito. Cuando llegue el oportuno tiempo, me estudiarás, los demás pequeños de ahora, todos los pequeños, porque conviene un restringido perfeccionamiento. Sí.

Extendió sus brazos hacia las laderas bendiciendo las tierras.

—Y ahora, márchate. Ve tranquilo. Yo tengo que pensar.

—Sí, señor.

Desaparecí rápido en las soledades del barranco. Ya desde antes le respetaba y me repelía. Procuraba eludirlo. Entonces yo aceptaba toda clase de manifestaciones y me notaba inerte. Una noche asistí a una de sus reuniones en la Universidad. No recuerdo la razón; la gente mayor no gustaba de que los muchachos rondásemos a su alrededor y nos ahuyentaban. Tenían una sesión. Yo, con otro chico de mi edad, estaba oculto en un rincón, tras de los grandes. Una escasa luz rojiza, que no ilumina. El Idiota permanece frente a todos y parecía como si durmiera de pie, alto, huesudo, harapiento. Hubo una especie de letanía y después un aire frío. Confusas iluminaciones en medio de la estancia, unos humos luminosos. Del humo luminoso, en aquella oscuridad, se fueron formando brazos, caras, vestidos, sombreros, manos. Desaparecieron y luego se corporeizó lentamente una sola figura, grande. Y el Idiota exhalaba de su cuerpo aquellos humos. La cara del aparecido fue colérica, de unas grandes barbas rojizas; miraba con ojos brillantes y furiosos y hacía gestos con las manos como para separar algo. Vestía un largo chaquetón, como los de los antiguos marinos.

Pero eso son viejas visiones que ya ni intenta justificar. Le vuelven, le rondan, las guarda dentro de sí. La luz de

ahora es más clara, las sombras son recuerdos que se van desvaneciendo. Son otros los motivos que hoy le mueven... El día amaneció fresco, el alisio en su cuadrante, primerizo, como es usual en esta época. Domingo trajina en el bote. Mario se aproxima a la escollera y tira de la sogá hasta casi hacer tocar la popa a las grandes piedras. Lanza el saco dentro y sube. El bote, lentamente, toma su anterior posición, la hilera de las embarcaciones arrojadas a tierra. El muelle de contenedores y el dique del Este protegen contra el mar.

El bote tiene cinco metros y cuarto y un motor diesel de seis caballos. Domingo afirma que sólo tiene cuatro, o menos, porque lo suponen sus amigos los pescadores, que son arrogantes con sus objetos. Domingo es llevado; cree lo que le cuentan. Ha pintado las aletas de refrigeración porque lo vio hacer a los demás. Pero lo cuida bien, lo vara, lo limpia, lo pinta; está al tanto. Generalmente hablan entre sí pocas palabras. Ambos fallan del oído.

Y tienen distintas formas de pilotar. A Domingo le agrada costear las largas curvas de la costa, a pocos metros de tierra: es más entretenido, se van viendo las personas, las casas, alguna bañista descuidada. Mario, en cambio, prefiere la línea recta, de punta a punta. Pasar junto a los grandes barcos fondeados rozando su casco y alzar la vista hacia sus grandes estructuras; enfilar luego a la punta del Roquete, de ésta a la de Antequera, la de la Mancha y, finalmente la del Corcovado, en Roque Bermejo, término del viaje. Por estas fechas es costumbre, en San Andrés e Iguate, las excursiones marinas a este extremo lugar, y comer, beber, cantar, emborracharse. Por ello Domingo va animado, encontrará amigos con quien divertirse. Con Mario es imposible. Buenos amigos, pero no para estas cosas.

Pero Mario, después de doblar la punta de Antequera, sigue la costa hasta ladear Ijuana. Ve su moderna y descar-nada choza, abatida la puerta y la ventana por la enemiga de los punteros, que no cesa. Ve, con desánimo, las laderas de Juan Bay, otrora cubiertas de viñas; las llamadas del

Cerrillal, entonces ondulantes de cebadas. Hoy las cubren grandes tabaibas, cardonales, arborescentes tasaigos. Nadie vive en el valle. Cuando horadaron las galerías de aguas de San Andrés e Igueste se secaron, casi instantáneamente, los manantiales. Y el proceso seguido de desertización: no llovía como en tiempos atrás. No quedó agua en los charcos para llevar a las viñas. Ya no existe una sola a todo lo largo. Permanecen los lagares ahondados en la rojiza toba, pequeñas tanquillas que se descubren con esfuerzo. Su viejo abuelo, en la mísera bodega asentada en una cueva, rodea con sus brazos el tonel de buen roble. Pone en él sus manos y le transmite su propia fuerza, musita palabras que no descifra. Traslada el viejo su alma desde su cuerpo al cuerpo del vino, comunica por los dedos las tensiones necesarias; invoca con inconexos rezados alientos benéficos sobre el líquido sacramental.

Imaginaba Mario el vino sin envase, sin maderas, solo. Un cuerpo rojizo y transparente, una enorme ampolla opalina flotando en el aire, móvil sobre de sí ante las energías y murmuraciones del viejo. Y creyó ver irradiar una luz dorada del corazón de la flotante ampolla. Las frases cargadas, pasionadas.

—Hazte vino... Pon tu voluntad, Dios, hazlo... Hazte buen vino.

A buen precio lo comerciaban en las lejanas Antillas. Al producirse su secesión, las despreciaron. Lo colocaron en Santa Cruz, bien, pero por poco tiempo. Cuando la primera guerra falló el aprovisionamiento del azufre y enfermaron las vides. Más tarde el corte de las fuentes y las lluvias escasas imposibilitaron todo renacimiento. Hambrientos y desesperados, en los años treinta abandonaron el valle, malvendido a punteros y a otros. El rencor contenido de éstos, a través de décadas de humillación, se expandió bruscamente, y sus rebaños de cabras arrasaron con el resto de los viñedos; destrozaron las higueras, morales, duraznos. Fueron leña y piedra las chozas. Por odio y por incapacidad

para sostener el antiguo trabajo. En unos pocos años lo transformaron en desierto, pastos para semisalvajes rebaños.

Domingo hace algún comentario que Mario, embebido en sus recuerdos y rencores, no atendió. Acostumbrados a no contestarse, no tuvo importancia. Mueve la caña del timón y la lancha emboca hacia fuera y, sin más ruido que el del motor, llegaron a Roque Bermejo. Otros se adelantaron. Ocupado el pequeño muelle, fue operación laboriosa la de amarrarlo a otras embarcaciones y a una argolla en tierra.

Personal numeroso y conocido. Saludos, algún abrazo. De San Andrés, de Igueste, de La Punta; incluso de Santa Cruz. Domingo se separa, oye su conversación a gritos con algún reencontrado amigo; los manotazos, las alegrías. Mario y el Nino, con el que tuvo las obligadas efusiones, ascienden despacio un trecho del empedrado camino del Faro. Doblaron a la izquierda, a la vista del caserío, y llegan hasta la venta de Laudelina.

Mario bebe el buen vino de la tierra. Investiga a través de la multitud apiñada en el corto local. Aparece, para tapear, una gran bandeja colmada de trozos de cazón embebidos en salsa roja. Y lo de siempre: tiene que dejarse invitar y corresponder. Se zafa, da una vuelta por los cuartos interiores, sale al patio. Bullanguería. Sobre una viga vieja están escalando murenas ante la atenta mirada de unos perros. Asciende hasta la otra venta y son tantas las personas que no puede penetrar, casi. Más amistades y nuevos vasos, del mismo buen vino, y unos pedacitos de blanco queso tierno. Las desatinadas vociferaciones retumban contra las lisas paredes. Vuelve abajo y se sienta en un pequeño poyo, y queda en contemplación de los que, en medio de gritados consejos, arreglan pescado. Salen unos cuantos para llevar unas masas y toman el senderito del muelle, entre ellos Domingo, ya colorado y hablador.

Aprovecha el hueco para introducirse. Antes de llegar al mostrador lo detiene un viejo seco, que le saluda.

—¿Usted por aquí, maestro? ¿Cómo abandonó Ijuana?

Mario le contempla y omite su tono burlón. Repuso, tranquilo:

—Es que en Ijuana no se puede permanecer. Los punteros siguen siendo tan ladrones como siempre. Siguen robando en las casas, y fuera.

Sacudió brusco el puntero la cabeza. Su rostro abandona la expresión risueña y adquiere otra afectada. Alza las manos, como rechazando.

—Hombre, maestro, no digo que no haya alguno. Siempre los hay. Pero los más nos tenemos por gente honrada.

—Lo dudo —repuso indiferente Mario.

El otro estaba pesaroso de habérsele dirigido. Mas arregló una expresión amical y le tocó unas palmaditas.

—Vamos, no sea usted así. Usted sabe que no es verdad... No le guardo rencor, le invito a un vaso. Bueno, está bueno este año.

Entraron. Mario se deja suavizar. No presta oídos a las historias que el viejo cuenta porque, a su mismo costado, estaba el Gordo, motivo expreso de su viaje. Dio espaldas al viejo, omitiéndolo con desprecio, y dijo al Gordo:

—Está buena la tarde —le comentó apaciblemente.

Marcos, el Gordo, le contempló burlón, tal vez; repuso amistoso:

—Lo estará, no cabe duda. Pero todavía estamos en la mañana.

—¡Ah, pues sí, tiene gracia!

Tragó Mario el vaso y lo dejó en la mesa, con la propia ligereza de persona despreocupada y feliz.

—Demasiado jolgorio. Pero no está mal. Es justo.

—Tienen alegría —concede Marcos bonachón—. Yo también. Amo mi paisaje: raro es el sábado que no vengo, si el mar lo permite. Ya sabe que acostumbra, por esta costa, estar tormentoso.

Un tropel de amigos les interrumpe, bulliciosos y un tanto bebidos. Propusieron partidas de envite. Estrechaban y oprimían contra el mostrador. Mario dijo, un gran vaso de vino en cada mano:

—Salgamos fuera. Aquí no se puede estar.

Quedaron en el patio sentados en el poyo, los vasos a los pies. Seguían los atentos perros. Merodeaban un par de jovencillas, en plan expositivo. Mario medita una forma eficaz de introducirse. Allanando el camino, el Gordo se adelanta.

—Tenía ganas de un rato de conversación con usted. La gente habla cosas.

Movió sus grandes manos sobre las rodillas.

—Ya sabrán lo que dicen —continuó, lejano—. Ellos no conocen su mundo, lo interpretan a su manera. Ni tampoco el mío. Hay tantos por conocer... Un estudio absorbente. He dedicado muchas horas a ello.

Calla pensativo. Mario ayuda.

Es propio del ser del hombre. Las curiosidades nos han lanzado hacia adelante, para bien o mal. Aquí estamos.

—Es usted astuto —dijo risueño el Gordo—. No le valdrá para descubrirme, si yo no quiero.

Mario no le entiende. Permanece en expectativo silencio.

—También yo tengo la mía —siguió él—. Una gran cultura, mayor que la suya y tal vez, en un sentido general, que la de cualquier persona... No sonría, no estoy diciendo una pura fanfarronada.

No se sobresalta, ahora, Mario. La vieja degenerada raza floreciendo de nuevo. Marcos, el Gordo, es hijo del Idiota, del frenético alucinado del barranco de Ijuana. Un año antes de la desbandada abandonó de súbito el agrio misticismo y reventó en él una tormenta erótica. Se echó al monte en busca de mujeres. No en Ijuana; allí, imposible. Subió a Las Casillas, a Chamorga, al Draguillo; rondó por Benijo. Por Punta Anaga uniósse a una que ya tenía tres hijos y le engendró el cuarto, el Gordo de hoy. Después de períodos de fornicación furiosa se lanzaba a aullar por las laderas clamando perdón, arrastrando arrepentimientos. Pero volvía de nuevo a las fornicaciones. Sus últimos días fueron de mansa locura. Iba a la costa alta y ante un horadado dique basáltico, descarnado por las erosiones, poníase a hablar, imitando teléfono, que le sorprendiera como extraordinario aparato en una recalada por Taganana. Hablaba y permanecía a la escucha. Según su fe, comunicaba con La Habana y se interesaba por la salud de los parientes huidos. Lanzaba la voz a la oquedad y esperaba atento. Por allí se despeñó; su cuerpo roto fue hallado en los esteros a la orilla del mar, por la zona de La Palmita.

El Gordo mira en busca de una expresión atónita, de asombro, pero con curiosidad simple. Continúa en su apacible apariencia, como si hubiese dado cuenta de algo sin excesiva importancia.

Los vasos estaban vacíos.

—Veo que no me cree, que me tiene por imbécil. Pero es cierto. Yo no tengo la culpa. La culpable es mi cabeza: lo que una vez entra en ella ya no sale jamás.

Gesticula lento las manos, alejando responsabilidad. Mario, después de unos instantes, dijo:

—Hablará usted en broma.

El Gordo emite una risilla sorda, comprensiva.

—Yo siempre estoy de broma. Es una fatalidad de mi carácter. Me alimento en exceso y las energías se me escapan por ahí.

Rieron los dos y volvieron a llenar los vasos. Afianzaron la espontánea confianza durante horas. Alrededor se bebía, se jugaba al envite. Comieron, se separaron, se reunieron de nuevo. La Luz del faro los sorprendió con sus primeros destellos.

Avanzada la noche. Siguen los naipes. Alguna guitarra de ruido desagradable, rota o desafinada.

—Don Mario se queda conmigo —comunica Marcos el Gordo. Le hizo sombra su alta corpulencia—. No puedo llevar a nadie más, no tengo camas.

Mario respira agradecido. La última vez durmió en un cuartucho carente de ventanas, con otros cinco, sobre unos rollos de cuerda. Suspiros, gruñidos, ronquidos. Los ojos abiertos hasta aparecer el alba. Ventosidades, eructos.

Recorrieron un tortuoso camino a través del barranco y la ladera. La casa es grande, de dos plantas, con pretensión de antigua casona lagunera. De color blanco, ventanas verdes y unas franjas de añil pálido diedrando las esquinas. El foco de la linterna recorre sus paredes. Aislada, silenciosa, al pie de los riscos que señorean los huertos que ruedan hacia el mar. Un corto patio empedrado con lajas de la costa; algunas plantas, secas, abandonadas.

Gran puerta de gruesa tea. Sala grande embaldosada con losas chasneras. Toma un haz de tres velas y las enciende. Las deja unidas. Una gran cómoda antigua, dos mesitas cargadas de chucherías, sillas, toscas, cuadros litográficos de vírgenes y santos; ampliaciones fotográficas.

—Una casa antigua y buena —observa Mario, cortés.

—Me costó más de su valor —se place el Gordo—. La compré hace un par de años. No he tenido tiempo de repararla, pero me gusta; siempre me gustó. Siéntese por ahí.

Dijo de preparar café, las cabezas estaban turbias. Mario, solo, pasea y contempla las pequeñas figurillas de porcelana, de motivos antiguos, las viejas fotografías, de gentes desconocidas. Ataviadas con trajes caros, de la época. Según sabe, no pueden ser ascendientes del Gordo. Compraría la casa con muebles y cuadros.

—Sí, todo fue en globo —confirma Marcos, ya de vuelta, sentado en un taburete, taza de café en mano—. Esa gente no es mía. Usted sabe quién es mi gente, todo el mundo lo sabe, y yo sé quién es usted.

Bebe totalmente su café. Sonríe apacible.

—Debemos ser algo parientes. También tengo mis raíces cantoneras.

La afirmación debió hacerle gracia.

—Personas extraordinarias las de Ijuana. Cuatro gatos y tuvieron su catedral y su universidad e incluso, creo, que hasta gobierno propio.

Disminuyó hacia su anterior sonrisa.

—No nos ofendamos... Tengo por aquí unas buenas botellas.

Desapareció hacia atrás. Volvió con seis.

—Agarre la mitad y sígame.

Tomó tres botellas y marchó tras el Gordo, sostenedor de la triple bujía. Subieron unos escalones de piedra, luego continuados en madera, hasta el piso alto. Un gran salón de piso de madera, buena riga, y tres ventanas al frente. Dejan las botellas sobre un redondo velador. Adosadas a las paredes, estanterías con papeles, libros, cacharros viejos.

Junto al velador dos sillones de mimbre, algo desvencijados, con unos bastos cojines, más bien duros. Marcos llena los vasos. Comenta:

—Buen vino éste. El mejor de todos los vinos. Es de aquí, de Roque Bermejo, de los famosos Osuna. Tengo un ciento de botellas, lacradas de dos años. Alguna está echada a perder, pero la mayoría es excelente.

Beben el vino. Es cálido, bueno, agradable. Repiten sus grandes vasos. Marcos vuelve a sus ironías.

—La Catedral de Ijuana, la Universidad... Siempre tuvieron ustedes afanes de grandeza. Historia risible. Una catedral que seguramente fue la menor de todas las ermitas de la isla; bien labrada, sí, mucho adorno en la piedra, pero no mayor que esta habitación. La catedral... —emitió una risilla—. Y de la Universidad, mejor no hablemos. Una choza más pequeña que la que en Punta Anaga tienen como escuela. En fin, a ustedes les gustaba eso. Así acabaron.

En largos sorbos desaparece el contenido del vaso. Mario le imita.

—De todas formas, algo admirable —accedió condescendiente—. Bebamos a la salud de aquellos extraviados.

Mario calla. Está un tiempo y todos los tiempos.

—Las ambiciones del hombre —meditaba el Gordo, los ojos semicerrados, ya borracho—. Las no ambiciones del hombre. ¿Por qué el hombre quiere ser? Por cierto, tuve conocimiento que usted se dedicó a desmontar lo que quedaba de la Universidad, piedra a piedra; las dejó en el cauce del barranco para que las aguas invernales las esparcieran. Un hecho evidentemente gracioso. Reí mucho al enterarme.

Mario recurre al vaso. Tal vez le pasa una sombra. Pregunta:

—¿Qué tiene en esos armarios?

—Libros, cosas... —hubo un destello malicioso en sus ojos—. Véalos, si quiere. Nada importante.

Le aproximó una bujía. Los estantes están protegidos por puertecillas con cristalerías. En unos hay objetos, en uso hace tiempo. En otros, libros. Del siglo XIX casi todos y de la peor especie: folletines franceses de Montepín y otros; tratados espiritistas; novelas de Fernández y González. Impasible va registrando, la luz en alto, estante tras estante. El Gordo se recuesta en su crujiente sillón y contempla satisfecho las negras vigas de la techumbre, las sombras de los alejados rincones, sus manos que sostienen el vaso.

—¿Qué, no encuentra algo?

Mario deja la vela en la mesa. Apura el resto de su vino.

—Basura solamente.

El Gordo resbala por una de sus acostumbradas risillas.

—Ya sé, ya sé... No, querido amigo. Ahí no está lo que busca. Los documentos desaparecieron —otra risilla. Con aire comprensivo llenó una vez más los vasos y se entretuvo en descorchar una nueva botella—. No, ya sé que no. Comprendo su interés, cosas de raza y de familia. O, acaso, motivaciones profesionales. Buena masa de información, cantera inagotable.

—No supuse que usted los poseyera —se desencanta Mario—. Me intriga su paradero final.

El Gordo se arrellana, estira los pies al frente. Hace un guiño picaresco.

—Pues, casualmente lo conozco. Los documentos que no fueron destruidos o perdidos sin remedio fueron a parar a Buenos Aires. Están en poder de un tal José Luis Ansón, a quien usted seguramente conocerá.

¡Estupideces! —rechaza impaciente Mario, cansado y sin ánimos.

Otra risilla.

—No, amigo, Ansón nació en Ijuana. Marchó a Argentina a principios de siglo con sus padres, renegados. Ya sabe como son. Rechazan su raza y su cuna. Ni se llama verdaderamente Ansón. Estoy bien informado. Su nombre verdadero es Boro Ansúrez, hijo del padre del mismo nombre. Les dio la vuelta y obtuvo Ansúrez Boro; luego, más musical, Luis Ansón. El José lo añadió como natural complemento.

—Por favor —se defendió Mario, hastiado—, déjese de invenciones... Quisiera acostarme; es tarde.

—No antes de que bebamos otro par de botellas. Esta noche estoy de buena vena... No hablo por hablar, tengo excelente información... Los renegados de Ijuana, en su mayoría fueron así. El que usted nombra Ansón fue uno más. Despreció su barranco, heroico y fuerte, y se inventó un padre portugués y una madre polaca. También se inventó, no sé cómo, en contradicción, un bisabuelo, coronel heroico en la gloriosa batalla del cerro de Junín. Fantasías, en resumen; ustedes son así... No le miento. Mi Madre, como usted sabrá, fue mujer provisional del llamado Idiota; se creyó con derecho a los abandonados bienes del Cantón. Llevó a casa tres o cuatro cargas de libros, las que pudo resistir su cuerpo, no flojo, que son ésos que usted acaba de ver. No le interesaron los manuscritos, papeles viejos. Pero entre libro y libro, tal vez sin querer, robó unos cuantos. Más tarde, cuando abandonamos Punta Anaga, fueron a parar a nuestra casa de Santa Cruz. Yo crecí, estudié; mi naturaleza curiosa me llevó a una inevitable lectura. Uno de los documentos es interesantísimo. Contiene un extraño relato. Algo de la manía de los poetas de que dos y dos, por ejemplo, sean cinco. En esta ocasión no lo hace cinco. Da una pequeña vuelta y lo iguala a un cierto signo, alfa, con la condición de que alfa sea diferente de cuatro. De ahí parte una animada historia entretendida de una larga e interesante logorrea. Me intrigaron las razones, lo releí. Aquellos papeles, tinta ya desvaída, contienen el relato o ficción

"Antas, Alimes", que años después, con la introducción de un retenido voseo y un par de lunfardismos, acción forzosa en su caso y explicable, apareció y leí con su firma.

Una pausa.

—Me gustaría examinar los papeles que usted posee
—cauteloso, Mario.

El Gordo levanta los brazos en ademán desconsolado.

—Imposible. También están destruidos. Cuando mejoré de posición y hube contraído matrimonio, cambié de casa, una mejor. Mi mujer, en su ignorancia, quemó, destruyó periódicos viejos, papeles y todo lo que le pareció inútil... No niego que hubiera puesto en un aprieto, examinado el manuscrito por personas peritas, al bueno de Ansón. Pero mejor es así. Él, con seguridad, los mejoró, gracias a su mayor conocimiento. También es posible que se arrepintiera de su desprecio. Ya conoce su triste muerte... Dejemos eso.

Habla con claridad; su cuerpo muestra una cierta oscilación. También Mario se encuentra mareado. Todo el día bebiendo. Y, ahora, el gran descorazonamiento. Se levanta y aproxima a la ventana. Oscuridad. El mar desierto. En el cielo alguna estrella a través de unas nubes que se deslizan veloces. Las ruinas de los campos exteriores, que ya no se cultivan.

—Venga, déjese de melancolías. Aún nos queda vino.

Se sienta. La cabeza quedó embotada, incapaz de pensar. Beben unos nuevos vasos. Le agrada. Quisiera beber más y disolverse en la inasible sustancia que el vino comunica. Pasa el tiempo, discontinuo, marcados sucesivamente los segundos.

Dice el Gordo, como al descuido, indiferente, borracho, despacioso:

—Cada cual hará su propio camino. Lo otro es para la gente común. Usted pretende...

Se detiene, comprensivo. Un cabeceo y unos hipo. Remedió con un largo trago del vino de su vaso.

—Sí, tiene que hacérselo. Nunca ha pasado todo el tiempo... E inventar la tierra que pisa e incluso el matorral que estorba —alzó la cabeza y compuso una sonrisa alegre—. Y, querido amigo, hasta las nuevas estrellas; no, desde luego, la Osa con su Polar. Más bien Sirio, Rigel, Aldebarán...

Ha dicho todo y se deja descansar en una seriedad apacible. Crispación de Mario, negativa, una rápida sombra, sólo un momento. Después también cae en una paz triste, cansada, renunciadora.

—Bonitas palabras —responde al rato—. Eso de las estrellas, de las nuevas y viejas estrellas, es una inmejorable imagen. Sí, interesante, poética... Lo siento; el argumento llegó a su término y ya aburre la comedia. Curioso instante: de improviso se deshinchán los afanes... Bueno, es posible una lenta corrosión. Seguramente, seguramente...

El Gordo tiene un destello de alerta.

—No se deje abatir; es el fracaso y la larga noche.

—Los plazos que se cumplen... En Juan Bay está una cueva pequeña, murada por mí con piedras y cemento. Cuando uno muera, procure burlar papeleos y ordenamientos. Méteme en ella y tapie la entrada, bien, que no broten perfumes. Viejo anhelo de años. Quiero estar solo, a una gran distancia, descontaminado.

Una risilla del Gordo.

—Bien, ahora es usted un delicioso romántico.

—No queda posibilidad. Me angustia, después, el tiempo. Si el tiempo cesa o si el tiempo transcurre infinitamente.

—Ni lo uno ni lo otro. Y déjese de vacuas, inútiles sandeces.

—Las hay más deshonestas. Otros, por ejemplo, tal vez usted mismo, las venden diariamente, o las canjean, por una flor, por una canción, por simples cigarrillos.

Desdeña el Gordo:

—No le entiendo.

—Ni usted ni mucha gente. Ésa es, en cierto modo, mi infeliz venganza.

El Gordo, impaciente:

—Si ello le contenta... Humilde, en verdad.

Revuelve vasos y botellas. Recupera el buen talante.

—Agotado provisionalmente... Bien entretenida la noche. Quisiera repetir la ocasión, más adelante... Debemos acostarnos.

Trabajosamente, venciendo la borrachera, abandona el sillón y asoma vacilante a la ventana. La luz del amanecer le marca una cara ensombrecida, desencajada, lívida.

RAFAEL

El anonadado Rafael da vueltas y vueltas dentro de su propia cabeza, remoliéndola, haciendo de los sesos una informe pasta. En su cara se ve, en la caja del cráneo, que otra cosa no puede contener. Sólo las manos, grandes y fuertes. Sus facciones no mueven a la idea de que hubiera un mundo con postulados y consecuencias, con sus estas cosas pasan porque estaban aquéllas y ahora son las doce porque el sol está en tal sitio. Y lo que tenía antes de ocurrir esa gran desgracia, aunque la gente más bien se ría y haga chistes como se suele: una alegría que le entraba al llegar a casa y ver el sesgo de la mujer, aquel movimiento que quería como escurrirse de algo, un gesto con la gracia de lo que no interesa indagar; se sabe que no debe hacerse; hasta los positivos y descreídos necesitan centimitos de magia. Era como los vasos de vino, al caer de la tarde, en la taberna quemada, maderas viejas tostadas no se sabe por qué fuegos. Todos le conocían y daban palmaditas amistosas, por más que supieran que tenía sus puntos de bandido y un poco de irse de las manos. Pero sus alegaciones borran hechos delictivos, considerados axiomáticamente fuera de legalismos de justicia y sí únicamente del trato del hombre con el hombre: todos somos hermanos, no solamente de boca para afuera sino para defendernos de señoritos, patronos, ricos y alguaciles, gente ésta de otra raza. Ni tampoco el tabernero, quién sabe si chivato, que al mirarlo pone una expresión como algo dura, sin que mediara fiado o deuda y que, de todos modos, no llegaba con claridad a descifrar;

correcto al servirle los chatos vasos, correcto uno tras otro, correcto y espaciados hasta la venida de la noche. Los deja resbalar a cortos tragos, fuentes de un sabor memorable a los tufos de bodegas antiguas a las que, desdichadamente, tuvo siempre un restringido acceso; era un olor a vino como una bebida lejana de las demás. En su mente pudiera aparecer como un alimento complementario o consustancial del sentir del hombre no aún vaciado por los licores y las sodas, y toda la pesca restante que navega por ese mundo, como la hay con estos hombres con los que suele conversar mientras una lucecita irónica reluce en sus ojos y unas rayitas cortan verticalmente la comisura de sus labios, tal vez porque el espacio es broma o ironía. Donde él se siente centrado con plenitud es en su casa, cuando al llegar le impacta ese gesto compendioso de la gracia, que pone por sobre los otros, gritos, palabras airadas, recriminaciones. Él no oye ese doméstico runruneo como tampoco el variable batir del mar, sino el solo calor de la casa que es la presencia de la mujer, ni guapa ni fea para admirar o asustar, sino que es diferente de las otras que en su movida vida por los sitios conoció a fondo considerablemente. Y trató a bastantes de buen valer en lo de las facciones y formas. No digo sus nombres porque no crean que los inventé buscando efectos costumbristas. La verdad es que no interesan ni creo que fueran verdaderos, sino más bien los usados familiarmente y sin habitar los almanaques.

Imbécil, Rafael, trocaste tu vida de mar, de libre pescador, por la de peón de albañil de esquinado horario. Fuiste forzado por una mujer no extraordinaria, tal o peor que tantas otras que como rebaño en movimiento estabas cansado de ver pasar; igual a máquinas que tienen su fija manera de funcionar y sus estilos, que conociste bien de algunas, sin que te vieras impelido a perder la cabeza como la perdiste definitivamente y para siempre con ésa. Te arrancó de tu fluir de lorquiano aceituno, del que también retenías tu respeto por los migueletes y por el par de caciques de tu pueblo, constreñido entre las montañas y el mar. Fuiste de

los afamados pilotos que pescaron en aguas de la Cordillera, abundosa de vientos que levantan las espumas, y el frío y las mojaduras repercuten en la taberna. Tienes que sudar para mantener el bote, a fuerza de remos, en las marcas precisas, de las que te sales al minuto... Te enganchaste en las obras. Llevas la segura soldada semanal a tu casa para que tu mujer pague los recibos de la luz y del agua, y lo que necesitas comer. Olvídate de los mares aullantes y encrespados. Imposición tiránica de la mujer. Tu vida anterior, Rafael: contemplar las olas desde los muros cercanos a la orilla diciéndote que hoy hace reboso, mañana marejada, pasado ventarrón, y no se puede salir. No faltaba el rastreo, a la hora de comer, por casa de tu madre o de tus hermanas. Si no, el hurgamiento de alguna batata en las huertas de atrás, eficazmente ocultas entre plataneras o bardos, alimentando el bien asentado odio caciquil, para ti pasión tan deleznable como el humo de tu asfixiante virginio, casi siempre apagado, mientras las cosas no pasaran a mayores, que parece que alguna vez lo fue en pasados tiempos quitados de sensiblerías... Eso de retener el dinero que en abundancia ganabas los días favorables, fue idea ajena a tu cabeza o idiosincrasia. Un irrefrenable impulso, una fatalidad, una fuerza netamente superior, te arrastraba fuera del pueblo lanzándote hacia algunas callejuelas de Santa Cruz. No regresabas hasta la total consunción del valor de tu trabajosa pesca. Quedabas de nuevo mirando al mar, con esa cara impasible, aguantadora de todas las bromas, y hasta los insultos de mediano nivel. La gente se exaspera ante la ineficacia de sus consejos; los absorbes tú con una ironía tierna que aún no me puedo explicar. Creo que las reprimendas más bien te hacían gracia.

Este innecesario compromiso matrimonial con la ramera, al decir del Ramón, puesto que nada se variaba con él, además de llenar al Ramón de perplejidades fue asunto que al entrañable amigo le conmovió bastante. Los hombres deben ser hombres, y el propio respeto. Ramón se opuso

tenazmente obligado por la vieja amistad. Le turbó por falta de comprensión. Sus redondos y astutos ojos no fueron astutos por unos días. Su mente, perdida en lamentaciones, se distrajo. No prestó la conveniente atención al radioteléfono instalado bajo el leito de popa. Navegaba por las proximidades de los Roques. El aparato fue uno de los primeros conocidos por aquí. Ramón disfrutaba y se enriquecía con las últimas boqueadas del contrabando, cuando las lanchas rápidas recalaban procedentes de Tánger. Cuenta que el mar estaba tranquilo, liso hacia la lejana costa, y que los Roques se perfilaban muy claros a su derecha, la proa hacia tierra, la boca de los barrancos como sumergida en el mar. Del caserío escueto miradas vigilantes esperan pacientes. Personas que ganan buenas soldadas desembarcando sacos de café, bultos de transistores, tabaco rubio. Y los jornales pingües no lo eran todo. Las sombras nocturnas eran buenas para la fácil rotura del costado de un bulto. Conseguías objetos del contenido. Aún hoy, después de tantos años, existe abundancia de transistores, y prismáticos para entretener el paisaje, por todos los villorrios de Anaga.

Las preocupaciones dichas con motivo del camarada malcasado impidieron a Ramón ensamblar los datos transmitidos sobre la posición de los vigilantes. Aquel alijo acabó en su mitad: la otra quedó desparramada por los cañaverales de Roque Bermejo y paró en manos extrañas; es necesario contar con ello. Escaparon sus personas y embarcación evitando el hospedaje en la entonces, nueva cárcel, de patios amplios y fachada presentable, no como la antigua, donde apenas había espacio para revolverse.

A Ramón el enlace de Rafael le resultó tan grande contrasentido que, a pesar de su camaradería en estos asuntos del contrabando, no asistió a la ceremonia; se contrajo a enviarle cuatrocientas pesetas, y a comentar la desgracia con el Negro, amigo de ambos y compañero en diversos variados trabajos. El Negro posee unas facciones satirescas, normalmente ávidas al paso y contemplación de mujeres entre los treinta y cuarenta años, de carnes oscilosas. Ante

los próximos acontecimientos nupciales chascó la lengua contra la parte interior de los dientes en sonido desaprobatorio.

Ahora, Rafael, mientras haces argollas, semioculto en alguna parte de la obra, chupando del cigarrillo con aspiraciones rápidas y cortas para que no acabe de apagarse, y miras sin ver el reducido contorno que tu situación te permite, de seguro te estás acordando de las paredes junto al mar y del airecillo y sonidos que de él llegan bajo el caliente alumbrar del sol. De las pescas en la mar alta y en la Cordillera, mientras murmurabas del que aguanta los remos porque no sabe marcarse debidamente; pero sobre todo por las pescas nocturnas. Están oyendo en este momento el rozar de la cala al deslizarse arrastrada por la informe potala. Luego la parsimonia y el rito con que, en medio de las sombras apenas desflecadas por la mecha de petróleo, ibas desenvolviendo los haces de aparejo. El cordel arrastrado por su chumbo serpea tragado por las aguas. Por el cordel se transmite como una carga tensa de tu cuerpo para abrirse en ondas al extremo del anzuelo. Arriba, la soledad del mar; a lo lejos, el brillo de las luces de la costa. El silencio marcado por el chapoteo del bote. La expectación tuya, que parecías estar a la escucha, la cabeza inclinada, de lo que pasaba allá abajo; el brazo tendido sosteniendo el cordel; el brusco tirón al recibir la señal, llegada desde tantos metros. Brazada a brazada recoges el aparejo cuidadosamente, que en sueltas curvas superpuestas aumenta en altura desde las panas de tu parte del bote. Aparece arriba la brota de buen precio, o el oscuro conejo alargado de cabeza estrecha y dientes numerosos, o el gran congrio... Al tomar el pez en las manos, a pesar de tus ideas de comecuras, decías que en el nombre de María Santísima. Sí, Rafael, esto de la albañilería no va contigo, tu corazón anda por donde están los botes y los peces. O el clandestino desembarco de sacos de café. Cuando nos encontramos, precisamente hablas de ello y recuerdas con

delectación esos momentos, más bien malos que buenos, sin olvidar otros de menos honra: el ordeño de ajenas cabras, y más. Goces inferiores a los sacados del mar. Allá afuera, con la única claridad de un mechón de petróleo inserto en un trozo de caña que encaja en la serreta: produce más humo que luz, y que cuando el viento sopla con fuerza hay que estar encendiendo continua y penosamente. También cuando los temporales nos tomaban en las lejanías y las vagas de mar se deshacían próximas a nosotros con un rumor más bien tétrico; la luz apagada y el viento silbando contra nuestros cuerpos en la espesa oscuridad; el resplandor de Las Palmas a nuestra izquierda, las apartadas luces de Santa Cruz a la derecha. Un golpe de mar, por ratos, nos calaba. Prometíamos, dentro de nosotros, no volver más a las potas, por lo menos en estos cascarones, aunque tanto tú como yo permaneciáramos callados, indiferentes y serenos, como verdaderos héroes.

Y pasa que este complejo pescador, desde la escapada de la mujer, no ha vuelto a la obra, a la que ya íbale tomando un condescendiente afecto un poco a lo perdonavidas, y mudado su preferencia de taberna. Se afinca ahora en otra más a desmano, de una mísera modernidad desalmada, mostrador cubierto de azulejos, alguno descascarillado, paredes rozadas. Una máquina de expender cigarrillos, una barata cafetera goteante. La apariencia específica de los sitios éstos, mediocres y fracasados. Una falta de simpatía sin otra compensación. Incubadores de un apagado rencor contra el aire que les envuelve y que hasta Rafael llega y que deja resbalar. Con su conocida y manifiesta manse-dumbre, a veces no permite inconveniencias y deja sentir el peso de su trabajado cuerpo, precedido de palabras desafiantes, como las que ha tenido con los que llegaron con intención consoladora, después de la desgracia. A cualquiera le pesa, pero en él no podía ser lo mismo que en los demás; es un hombre desde la coronilla hasta las uñas de los pies,

retorcidas como pedazos de cuerno, que para recortarlas remoja en agua caliente.

Se supone que, dada su historia, ella debía mostrar sumisión y agradecimiento, no pudiéndose romper así las costumbres de una persona por un capricho sin mayor base económica ni glandular. Estas proposiciones no pueden engañarle a él, sino a toda esa caterva medio vaciolesca y amenizada de tanta libresca sabiduría, y reuniones de comités humosos altamente civilizados. Maldice de los que creen que las machorras son verdaderas mujeres, y del cueraje internacional de las revistas, puesto como cosa más visible, de un conocimiento más general y a mano de la masa del vulgo, aunque yo creo que lo de Rafael era aparte de esto y que lo menciono únicamente por si no lo fuera. Y otros pensamientos, como los del amigo Ramón, que propuso buscar a los fugados y darles de puñetazos hasta que escupieran los dientes. Rafael desdeñó la idea con un encogimiento de hombros, aunque forzado, pues sus ojos se animaron momentáneamente.

Sigue ahí, Rafael, tumbado contra el mostrador de tu taberna. No tardarás en cansarte lo mismo que se han cansado montones antes que tú. No parecían tener otra salida que la muerte o el imbecilismo. Se resolvió transformándose los personajes en entes rencorosos o de una dulzona y repugnante humanidad. Historias que, en conciencia, debemos enterrar. Llegará un día, no muy alejado, en que tú o el tabernero se den cuenta del sinsentido. Es preciso cortar como sea, como los otros a quienes sus esposas dejaron solos en el enfriado hogar. Es fama que algunos mantuvieron encendidos el simbólico fuego en una espera paciente y mansa del helado regreso de la mujer accidentalmente infiel. Una estúpida idea pasa por la mente de cualquiera: cuando nota nuevas ilusiones de felicidad, un temblorcillo en la piel y en el corazón, un suave y dulce calor en las entrañas, una disolución que llega a las partes cerebrales, entonces está a la vista la irresistible evasión. Y tal vez ocurra. Luego de consumadas, esas fantasías se des-

hacen rápidamente, dejan amargos indicios de acedía. En esos concretos casos se impone que un adúltero desaparezca y cada uno vuelva a su viejo redil. Pero dejemos esto, que tú no fuiste santo.

Como van los acontecimientos no creo en retornos y menos en cálidos recibimientos. Cuando ella voló, lo hizo como paloma arrebatada por ese gavilán de las historias. Hizo lo que debía hacer, empujada por las propias debilidades y por la tontería de tanta novelucha como devoraba, en que todos marchan inconteniblemente en busca de la felicidad, que si será ella un determinado estado espiritual o las consecuencias de unas satisfactorias cosquillas eróticas, tal como certifican los manuales de educación sexual y conyugal. Parece ser condición *sine qua non* para toda buena avenencia, hipótesis que en tu caso desdeño. A la edad de ustedes, rondando los cincuenta por arriba o por abajo, hay que tener cierta formalidad; no reduzcamos la convivencia únicamente a restregueos llevados a cabo con una alentadora asiduidad, sino a establecerse firmemente cada uno en su carácter. Tú fuiste, en esta sola ocasión, a pesar de toda tu hombría, no la discuto, un hombre aguanajado y baboso, y lo último nunca dio resultado positivo; y si ella se encontró arrullada por ese muchachito, voló en busca de la presentida comprensión para su insatisfecha alma femenina.

Vamos a dejarlo atrás del mismo modo que tú dejarás la taberna, tu segundo hogar. Preocupémonos de nuevos proyectos para ir viviendo, que lo veo difícil. Ya eres incapaz de tornar a la vida del mar movido, que te envolvió desde tu niñez, con tus cincuenta años excesivamente vinados. Yo notaba que, últimamente, tú esquivabas con remolón ingenio embarcarte a la busca de unos pescadillos para nuestros humildes, pero no desdeñables, banquetes dominicales. Procurabas sustitución por gente más joven. Lo de volver a la albañilería entra en lo aleatorio. Lo aborreces: tú no vas a estar trabajando para enriquecer a nadie y eso de las argollas acaba por descubrirse y es actividad mal

mirada por capataces y encargados y, además, da escalofríos el pensar que puedas engranarte en esa cadena durante años y años. Aunque estés bien pagado y no trabajes sábados ni domingos, días antaño muy apreciados por ti. Hacías tus rondas de tarde y noche por el cuadrilátero formado por el barranco de Santos, avenida Marítima y calle Calcerán, aparte de alguna escapada hacia La Cuesta. Pero cada cosa a su tiempo y el tuyo ya no está para tanto trote.

Mira, Rafael, que si consiguieras un puesto de guardián nocturno en obras o almacenes, en el que no hay nada que hacer, sentado en la banqueta, tirando del pitillo para que no se apague, ocasionalmente acompañado de dama callejera. Y destaca en la noche tu hirviente marmita, que sólo el nombre y el suponérmela hervir casi me arrastra a mí a buscar un puesto de éstos para sentir su ruido mientras hierve el potaje, o la carne con papas nadando en pimentón y aceite. Siempre, por lo menos, la pequeña cocina de butano, el pingagás, calentadora limpia de la cafetera exprés que cuando hierve esparce en las tinieblas ese agradable perfume que hace despabilar a la gente.

CONJURO EN IJUANA

Marchó orillando el acantilado con el agua a las rodillas, unas veces; otras, sobre piedras y guijarros o las arenas de la escasa playa. El bote se aleja; sus tripulantes se distancian indiferentes, fumando, con la postura de descuido que adopta esta gente cuando se recoge a sus bases. Apenas audible el petardo del pequeño motor. No miran atrás ni hacen señal de despedida; balanceándose avanzan sobre las móviles aguas desérticas. Su alejada presencia resalta esta costa inhóspita, que semeja estar en los confines del mundo.

Algunas gaviotas sobrevuelan silenciosas los escollos. El alto cielo, de tenues nubes, cobija bajo su amplia copa el gran latido lento de una transformable vida. Camina bajo él. Alcanza la desembocadura del barranco, profundo tajo que corta las montañas. A la derecha, las rojizas rocas retirándose hacia lo alto y hacia atrás; glaucas manchas de cardones, irregulares y negras bocas de las cuevas. A la izquierda, una pendiente ladera tiene un aspecto blando de tierra para ser tocada por el hombre, en su base los verdegrises salados, y, más a lo alto, muy unidas unas a otras y con las copas enrasadas por el alisio, las tabaibas balsámiferas. Asciende por la terrosa ladera a través de las numerosas vueltas de imperceptible senderillo. Culmina una mesa o repecho, una regular explanada que limita, y dando un recodo por detrás, el cañón del barranco.

Aquí en la explanada está la choza y al verla siente calor en su corazón; sus bloques de cemento, al descubierto;

techumbre de planchas de uralita, protegida de los fuertes vientos con piedras y, en su tiempo, por cuatro ruedas de grandes molinos guanches, que los salteadores robaron. Fueron parte de antiguas paredes de huertas abandonadas, y habrían de pertenecer, por su tamaño, a un período posterior. La pequeña ventana mirando al mar, de cuatro únicos cortos cristales.

(Este estrecho valle de Ijuana, abandonado definitivamente hace años, semeja ser un cúmulo triste de trabajos ya inútiles; paredes en ruinas, huertas, alguna difusa acequia, lagares excavados en la roca. Los hombres no lo habitan. Cruza algún pastor de cabras).

Las montañas se encadenan barranco arriba. Las nubes, sobre las cumbres más distantes, toman colores de atardecer. Da unas vueltas por entre los matojos de artemisias. Descansa en una gran piedra oscura, y entonces sí que mira al desierto mar hasta su confusión con el cielo, en el que pronto brillarán las primeras estrellas; y a las montañas cubiertas de matorral, dadoras de ese aspecto a esta región de Anaga, paisaje consustancial con su ser, diferente de los del norte o de los del sur. Éste es mucho más que la roca y los cardones, que la pajiza hierba y las tabaibas.

Un airecillo rebota contra los farallones en débiles ráfagas y hace oscilar el extremo de las hierbas. Las balsamíferas, a partir de la explanada, ascienden y adquieren una mayor corpulencia. A trechos, un balo destaca su más intenso verde en contra de su gris, y en contra de la roca rojiza y en contra de los desmoronamientos de las aisladas alturas. Un conjunto latente de recogimiento en sí mismo, y lo alejado del cielo y la extensión del mar, su desconocida profundidad y sus seres, que en estas horas, creación de una antigua fantasía, toman extrañas naturalezas intelectuales de solitarios entes pensantes que se deslizan a través de la opaca masa de las aguas. Una atmósfera gravitante. Da unos nuevos pasos, hincha el pecho con el aire del atardecer. Él es una gota donde se condensa toda la anormal vivencia

del paisaje, núcleo de cristalización de las casi visibles partículas atorbellinadas en el aire. Asume las fuerzas que vienen de fuera, tensándose, concentrándolas en sí. Energía precisa para la rotura de las normales dimensiones, camino de hacer brotar nuevamente al sol su mezquino ser, recogido y reseco como una espora de hombre.

Se detiene al extremo del llano, antiguo lineamiento circular de piedras, próximo al cañón del barranco. En su fondo se marca la senda blanquecina señaladora del fluir de las aguas invernales; ahora todo quieto allá abajo. Tras la aparente muerte está la espera del nuevo resurgir y ello pendula a lo largo de los milenios incontables, sin fin o destino, casi confundido éste con Dios en su eterno permanecer, en ser siempre a través de las oscilantes variaciones. Y toda la montaña, y el mar con aún más fuerza de permanencia, innecesarios los horizontes y las realizaciones.

Queda en contemplación del antiguo tagoror, que únicamente es forma, y que en sí mismo ya está muerto como los antiguos hombres que lo hicieron, agudezas y ansias desesperadas de ver y de sentir que fueron irremediablemente consumidas. Únicamente quedan los vacíos huecos de su presencia como unas preguntas atónitas y sorprendidas.

Se enciende la primera estrella cuando aún la luz del sol esparce una claridad boreal por las alturas. Próximo está el gran montón de leña: maderas arrojadas por las olas a la playa y penosamente subidas, grandes artemisias secas, troncos porosos de balsamíferas. Forma una pira en el centro del tagoror. Prende la llamita, que luce cálida y acogedora en la semioscuridad de la tarde, y en correspondencia se iluminan dos estrellas más desafiando la zodiacal luz. Una oración muda, puro anhelo. El corazón se mueve a grandes latidos, aprieta la garganta, pone opresión en el vientre y por el cuero cabelludo se desliza un ligero calofrío. Tiemblan las manos al colocar los leños con especial cuidado. Da comienzo el innominado conjuro. Las llamas crecen en

tamaño y ondean a la floja brisa, llamas rojas que se mueven con un monótono zumbido y la columna de humo se desfleca en envolventes movimientos. Llamas milagrosas como la existencia en el hombre; surgen de las cosas, no se pueden guardar; fenómeno de la materia, como nuestro propio espíritu. Las llamas aumentan y el zumbir del principio se transforma en rugido. No hay que pensar, no hay que trazar inútiles círculos, ni recitar palabras, ni hacer gestos; sólo la espera. Premonición a lo largo de los años de una liberación confusa. Un esfuerzo de voluntad. Concentra la mirada en los flecos cambiantes, en sus matices, mientras la mente se va cerrando hasta no percibir sino un brillante rojo.

Queda la mente y sólo la mínima sensación de estar contemplando una llama, una cálida varia oscilación, una misteriosa existencia no dada desde siempre, como sus ojos la ven, como su conciencia asida, asentada, sobre un limitado trozo de gelatina. Circula una intercambiable comunicación, un suceder con otro suceder: de uno inmaterial al otro que se está produciendo. Y un yo que se está desinflando hasta quedar reducido a un puntito de agónica existencia, porque todo este contorno está en un aire de espera, y detrás existe una indiferente inteligencia, impotente quizá, y en desgajamiento y disolución, y si se presta nuestro débil oído se oyen unos murmullos de llanto enorme, lejísimo, perdido, casi ilusorio... Pero este ser que casi estaba reducido a un átomo se expande como un diminuto corazón; en sus pulsaciones se agranda, aumenta de tamaño, y su calor desprende las agujas de hielo clavadas en su ahora móvil compasamiento.

Renace de su sueño, y estéril aparta del fuego sus desencantados ojos. Tal vez queda aún la posibilidad del milagro. Sin querer despertar, hipnotizado, arroja a la hoguera unos matojos de secos inciensos y la llama surge vivaz y expande un acre perfume sofocante y a su alrededor las laderas sombrean en la negra oscuridad. Hay muchísimas estrellas

en el cielo, brilladoras con desafiante destello, imperecederas, completas en sí mismas, incluso desgajadas de esa lejana inteligencia que ya se siente aniquilada: como ese mar que se oye, como esas montañas. Acaso cruza una sombra cínica que se detiene un momento enlazada por el girar del fuego y, a pesar de su aparente maldad, traiga un poco de paz a su corazón. Pero esa renaciente firmeza, sin valor porque es alejadora de la entraña del conjuro, no la quiere. Se concentra y crea círculos mentales que desplazan y rodean a las llamas y que acaban por descomponerse, y ve, como los imaginarios electrones, unos círculos de hialina materia en movimiento... Está absorto, hundido en el desplazarse de las múltiples órbitas, ahora el corazón inmóvil, neutro como un agua tranquila y pura. Una paz de momento ha dejado sus arterias sin latido. Está fuera de su cuerpo, que cae. Se recuesta hacia atrás. Arriba, en lo alto, las estrellas han desaparecido por sobre su cabeza: un gran círculo negro forma un pozo de inmensa profundidad dentro de la infinitamente alejada bóveda. Cierra los ojos. Abajo, a su lado, la hoguera no es sino una inmensa ascua y los círculos siguen girando extrañamente.

Por sus ojos cerrados pasan chispas de luz. El pensamiento, detenido. Pero en huida aparecen sombras de Igueste: los cañaverales próximos a la playa, una discordancia de risas y figuras, los habituales borrachos de la caseta del Moyo. Y la imagen de Juan con su único y gran ojo, del libidinoso Juan con su camisa de hábito y su ojo avizorando lento. Moyo en su caseta, pequeño y flaco buda, se hurga los dientes y echa una mirada a sus botellas y garrafones. ¿Dónde sacará hoy el almuerzo?

Hace un esfuerzo para no pensar, para destruir esas parasitarias sombras. Vuelve a la inconsciencia. Crepitan los troncos, chasquean, surgen nuevas llamitas y nuevos humos; su escozor hace surgir las lágrimas y, al desviar los ojos hacia arriba, hacia el pozo en el cielo, los irritados ojos perciben unas formas que se quieren ser caballos, caballos blancos, desalados, cuyos cascos encontraran apoyo en la

flojedad del aire, que aparecen y desaparecen entre las nubes del humo. Y cambia la fantasmagoría. Ahora es el mar. Está en el mar, pescando.

Oye el golpeteo de los sueltos remos. El día aparece hermoso, claro, con pocas nubes en el cielo. El mar, un picado no molesto. Una brisa sin violencia toca por la banda. Anosma por tierra y al frente Los Roques. El golpeteo de los remos. Rafael, con maldiciones oscuras y sin mayor intención, los ata a la serreta con la cuerda del motor. Sacude al aire sus alambres. Prende un amarillento virginio y da un vistazo a la alejada costa. Observa:

—Estamos en buenas mareas.

Se encuentra frente a él, en el banco de proa. A veces es fácil adivinar los pensamientos que segrega su cabeza. Aunque no las tiene, sino en la comisura de los labios, siempre se lo ha figurado con unas líneas atravesándole a lo largo de la cara, y desde luego sus pensamientos son siempre muy concretos, hasta cuando está borracho, lo que no supone nada acerca de su eficacia.

Desenrollaron los aparejos evitando cocas y trabaderas. El chumbo tira hacia las entrañas del mar, tragando alambre y más alambre hasta tocar con el fondo. Levantar luego una o dos brazas en evitación de inoportunos enrocamientos. Hay siempre, por su parte, impaciencia por llegar abajo; luego sigue la inquieta espera del toque que sube hasta la mano como un débil y rápido latido. Ya Rafael, más presto, va recogiendo cordel con brazadas medidas y regulares mientras canturrea algo de su invención. También él da un tirón y siente el coleteo de la presa mientras recoge unas cuantas brazas, y entonces cesó la lucha y era como un peso muerto: una cabrilla. Detiene la recogida y suelta de nuevo hasta el fondo. Casi de inmediato una nueva llamada hizo repetir el tirón, y esta vez ya no paró. Ya se ve la marcha ascendente de las enganchadas por Rafael. Al llegar a la superficie, con un ademán seguro las alzó en el aire y las

introdujo en el bote. Volvió a alzarlas, como para mirarlas bien, y dijo sus palabras de siempre, de comienzos.

—En el nombre de María Santísima.

Dos cabrillas grandes con la hinchada vejiga llenándoles y casi saliéndose por sus bocas. Al desengancharlas, recoge el bigote y una especie de sonrisa seca se le marca apenas. Cuando Mario sube las suyas apenas si Rafael les lanza una mirada de reojo. Las echa en el tablero y allí quedan las cuatro coleteando a intervalos, excitándose las unas a las otras. Puestas nuevas carnadas, camarones, dejan caer los aparejos a las profundidades. La cosa siguió bien durante mucho tiempo. Apenas tenían que esperar. Casi siempre las manos en movimiento subiendo el cordel o dejándolo deslizar a los abismos. El chato cajón iba repletándose en promesa de un peso satisfactorio.

Pescan al garete, a la deriva. Les empujan el viento y la marea. Frente a La Mancha cayeron una breca pequeña y un bocinegro más pequeño aún. En marcha el motor, remontaron el camino hasta colocarse en la primitiva posición. En este segundo hilero las cosas marcharon igualmente bien; una de las mejores pescas. El Rafael permanece en un banco indiferente a las oscilaciones del bote, de la Catalufa, como si estuviera provisto de algún tipo de suspensión. Se mueve el bote, pero él sigue derecho. Aparenta tener aplicado el oído al fondo marino, colgado el cordel del medio del índice y la otra mano acariciando el extremo libre o arreglando sus vueltas dentro del bote. Pelo lacio caído sobre un ojo, bigotillo intensamente negro, cara sin arrugas, la morena piel con apariencia de cuero viejo. Le entraron ganas de charlar.

—Tenemos que sacar el cañón de Juan Bay —dijo sin mucho interés, escupiendo en el mar y seguramente pensando en otra cosa.

—Eso está difícil —repuso Mario, llevándole la corriente, ya que el cañón fue extraído por unos hombres rana, que asimismo expoliaron los restos del Flechast.

—...con unas cuantas calas y un par de bidones se puede remolcar hasta Iguete —termina Rafael con toda seriedad, hablando para mantener el entusiasmo como pudiera hacerlo un niño. Y es que esta gente a veces se desborda en llevarle a uno la corriente de sus aficiones.

Mario sintió un fuerte tirón y el aparejo se puso tenso. Un gran pez. Aguantó y casi enseguida desapareció la tensión. Sube rápido dos o tres brazas. Nada, abajo no había nada. Tal vez fuera un enganche con el fondo. Quedó desconcertado, como siempre que le suceden estos fracasos, pero todavía inseguro, a veces el pez se eleva, y en esto el compañero suelta una exclamación entre dientes y aguanta el aparejo con fuerza, los labios prietos y mirando fijamente al agua. Su mano oscila con un temblor desde la altura del hombro hasta la superficie del mar sosteniendo el fuerte embate de su presa. Así estuvo unos momentos; después fue izando lento, parando a veces y hasta cediendo un poco con cuidado.

—Con tal que no se zafe...

Mario también eleva el suyo con rapidez y desgana. Seguro que primero topó con él y se llevó las carnadas. Los anzuelos estaban completos, sin torceduras de fondos, sin cebos. Pone unos nuevos y los deja resbalar con rapidez. En tanto Rafael hizo las últimas maniobras y cae dentro del bote un gran pejeperro. Saltaba sobre las tablas del fondo. Ocupó íntegramente el tablero, de extremo a extremo, erizadas las espinas del lomo y moviendo espasmódicamente las coberturas de las agallas. Un hermoso pez grande, de unos tres quilos, colores vivos y armónicos, hocico puntiagudo y dientes grandes y visibles. Rafael no hace comentarios. Desenrolla las hijuelas y pone cebo fresco.

Mario queda en un desconsolado pesar; da golpecitos ascendentes al cordel en intento de llamar la atención a una posible pareja. Nota clavada una cabrilla, y que luego se enganchó otra, pero esa clase de pesca, en aquel instante, perdió interés. Vuelve la cabeza en contemplación del perro que aún, de tanto en tanto, daba coletazos, y le entraron ansias de poseerlo. Hubiera dado su parte de pesca, que valía mucho más, por él. Mas este deseo actual recuerda otros similares en que no cuenta el valor sino alguna peculiaridad no muy especial. Por ello trata de quitarle importancia y mira con indiferencia hacia la costa y hacia el mar. El viento, según se aproxima el mediodía, aumenta en intensidad y también el oleaje; se embarcan de vez en cuando pequeños golpes de agua. La costa aparece más clara, más nítidos sus detalles, pero por sobre el horizonte se había oscurecido y espesado la barra de las nubes. Próximas se deshacen las olas en blancos espumarajos, el bote se mueve desordenado. De Los Roques ya vienen un par de embarcaciones esquivando con guiñadas el molesto tiempo a la popa. Empieza a subir las presas. Rafael tiene la mirada fija en el agua, en el punto donde el cordel penetra en el mar. Le dijo, mientras tiraba las cabrillas al cajón ya lleno:

—Bonito peje ése, hace tiempo no he visto otro igual. Es lo mejor para un regalo. Como lo vas a vender, mejor es que lo dejes para mí.

Rafael hizo un movimiento de hombros y movió innecesariamente la tirada. Mirando siempre su trocito de mar, repuso:

—Ya se sabe que las pescas extras son aparte y que las piezas pertenecen a quien las coja. Si cae otro, es tuyo.

Ello no es cierto. Su oposición es caprichosa y en la que deja traslucir un evanescente rencor, inesperado.

—Déjate de historias. Si es preciso se parte el pejeperro por la mitad, según es ley.

—Nunca se han partido pejes de ese modo.

Y le mira con supuesta sorpresa alzando un poco las manos, con las palmas hacia abajo, el cordel entre el índice y el pulgar de la izquierda. No hablaría seriamente.

—De todos modos, aunque lo que dices sea verdad, que es mentira, yo no te perjudico. Debes dejármelo.

Continuó impertérrito, ahora con un impalpable aire de maldad. Dio unos golpecitos en el aparejo, lo alzó unas brazas, lo volvió a descender, un tirón, y fue recogiendo.

—Dos cabrillas más.

Se le señalan sus características líneas verticales. Una ojeada al mar próximo, un escupitajo. Ante la actitud de Mario, de incompreensión y de espera, fue desviando la mirada hacia los lejanos Roques, sin cesar de recoger. Dijo:

—En el tiempo del hambre, ya va para cuarenta años —entonó la narración—, que tú no conociste, salía a medianoche, cuando todos dormían, camino de Zapata, a unas higueras de las que hoy no quedan ni los troncos. Abusamos y aquella noche el dueño las estaba guardando. Le encontramos dormido, arrimado a una pared y tapado con una saca. Nos dimos cuenta de él por sus fuertes ronquidos, que si no a lo mejor nos sorprende.

Dos cabrillas lucieron al extremo de su cordel, una muy grande. Las desengancha y tira al cajón; por estar éste ya lleno, con los coletazos se echaron fuera. Sin mirarle, continuó:

—A nosotros nos dio gran ira ver al dueño allí, al acecho, como una injusticia. Ibas guardando el hambre de un día para otro...

Le agradan las pausas. Puesta carnada nueva, deja resbalar el cordel.

—Como te digo, el encontrar aquel hombre allí, prohibiéndonos, nos encendió la sangre. Yo y mi hermano nos entendimos con la mirada. La huerta tiene la pared levantada

sobre el mismo borde de un barranquillo profundo y con el fondo lleno de grandes piedras. Nos acercamos con cuidado y cuando estuvimos junto a él, de repente, le tomamos por los hombros y las piernas y le alzamos en vilo. Dio un gran chillido y pateó y movió los brazos. En un segundo lo llevamos hasta la pared y lo lanzamos al fondo. Ni se dio cuenta de lo que pasaba y mientras caía gritaba como si estuviera en sueños. Se partió la cabeza y allí quedó muerto. La gente supuso que se desriscó.

¿Dónde querrá llegar con su historia y con su aspecto tranquilo?

—Después nos quedamos tan serenos. Nos hartamos de higos y nos fuimos. Nadie sospechó nada y nosotros seguimos yendo.

—No sé a qué viene la historia, ni veo la relación con lo nuestro. A menos que intentes tirarme al mar para quedarte con todo.

—Cuando no se quiere entender sobran las palabras.

Impasible, Mario:

—Entonces, ¿en qué quedamos?

Ni siquiera repuso con un encogimiento de hombros, dedicada su atención al cordelito. Ya siguieron en silencio. Mario se siente cansado, movido por un mar del que le llega un intenso olor no propio de estas alturas, sino de las mareas bajas de la costa; un intenso olor marino, fuerte, penetrante. El bote parece haberse alargado, Rafael aparece más lejano. Es una estatua de oscuro barro vestida con ropas de persona. Percibe más intensamente la fetidez de las algas, en putrefacción. Se marea. Tiene la visión repentina de un grupo de enloquecidas gaviotas que se lanzaba sobre ellos. Cierra los ojos. Se contiene. Estaba allí, sobre la Catalufa, frente a Rafael. Todo sigue normal.

Respira profundamente; enciende un cigarrillo y presta atención al olvidado aparejo. Enfrente, un hombre que en estos instantes sufriera una transformación. Mente estrecha, sabio y petulante, decidor de parábolas, seguro de sí. Morada o encarnación de un pequeño hálito sin importancia ligado a otros muchos semejantes. Le entra por él un poco de desprecio. Ahora, recuerdos de la niñez en relación con la suya, cuando fue su admirador: tenía entonces sus rasgos y decisiones; pero, a estas alturas, son inservibles. Es como si el pobre Rafael hubiera quedado hueco una nada cubierta de cosillas, una apariencia sostenida por él, que únicamente estaba en su cabeza. En su auténtico fondo no tendría sino los pequeños movimientos, los condicionados reflejos, y la idea bastante inferior de que soy yo y atención que soy yo.

Y así, con algo de mala fe, le dijo:

—Pero te faltan muchas historias, Rafael. Más que ésa, que es inventada, me place aquélla de los vasos de vino abandonados sobre los mostradores de las ventas, vasos casi vacíos, con ese fondito que dejan los buenos borrachos... Me supongo la película: Tú pasas rápido y a gran velocidad apuras todos los posos. Me parece que una vez aseguraste que eso te alimentaba, y más todavía si estaba cercana alguna cáscara de queso; no hacía falta masticarla, tu estómago pronto lo hacía polvo y asimilaba. Y cuando algún bebedor estaba distraído, hablando con su compañero o echando la mirada hacia una culona que pasa, no dudabas en apoderarte del vaso entero. Además de ser alimento el vino confortaba tus sentimientos artísticos: ver ese líquido de color dorado, de una dorada transparencia o de un rojizo color sangre... Más que vino bebías color.

Al Rafael le brillaron los ojillos, sin señales de molestia. Lo cierto es que no se conmueve ante los peores insultos mientras éstos no pertenezcan a una banda especial y bastante limitada. Esbozó una risita y tarareó unas palabras como si las cantara con música sincopada.

—El cielo está azul, el mar verde. Hay que achicar el bote. Estamos nadando en agua. Los caminos y los muros.

Sujeto el alambre alrededor del muslo, comienza a achicar con un roto recipiente de plástico. Con el movimiento de la embarcación el agua discurre barriendo de popa a proa y de banda a banda. En ella coletea un par de pequeños bocinegros. Una cabrilla se aguanta en uno de los piques, ya panza arriba.

—El asunto de beber colores a veces te dio mal resultado. En una ocasión ladroneaste una botella de cerveza, entera, sin abrir, de las grandes botellas antiguas que valían nueve perras. La vista de los hombres bebiendo con delectación, oro y espuma, resultó un engodo que te fue fatal. En tu huida llegaste hasta el barranquillo para refugiarte en la cueva, cerca de la pimentera grande. Saltaste la tapa con tu navaja de quince centímetros, o de cinco cuartos, que es lo mismo. La vista de la espuma y la demás apariencia te hizo suponer que allí dentro estaba contenido un delicioso néctar. Pero resultó atrozmente amargo y grande fue la desilusión. Destrozaste la botella allí mismo. Ésta sí que es una bonita fábula y no la tuya. Está visto que uno no puede salirse de su especialidad. Desde entonces, supongo, viene tu tenaz fidelidad a toda especie de vino, incluyendo a los que están hechos con polvos, o con cualquier cosa. Todos te parecen buenos.

Siguió impasible achicando el bote. Mario, vencido nuevamente por el mareo y el cansancio, queda en silencio, aparte. La mar les mueve y están salpicados por las aguas levantadas por el viento. Tiritaba a pesar del sol; ve la atmósfera como oscurecida y, como si estuviera metido en una gran burbuja opalescente, es incapaz de divisar la levantada costa. Hasta Rafael le pareció tétrico, no por su visible figura sino por algún exudado hálito, inmóvil dentro de sus movimientos de achique. Existe algo como estar esperando que esa hora está próxima; cosas pertenecientes a un campo de maldades que no van en la acción ni en las

palabras, sino que se pueden sentir en la forma de como el viento mueve un pelo. Y este mar, sustanciación de otro paisaje, que se descompone porque de nuevo está ese profundo olor, ese olor intenso a podridas algas, y un figurado golpeteo rítmico, o el entremezclado de varios.

Procura un esfuerzo nuevo. Enciende otro cigarrillo. Le resulta agradable, apaciguador. Divisa nuevamente la costa y la lejanía del mar. Rafael continúa sacando agua y su canturreo. Como se notara más seguro quiso seguir su cantinela. Y así, a pesar del mareo, se esforzó en buscar palabras que le hiriesen, porque sobre un indefinido temor y en contra de su voluntad, fue naciendo un enconado antagonismo, un deseo de maltrato, de humillarle. Sonrió su ofrecimiento.

—Mira, muchacho, te regalo todo el pescado, aunque sólo sea por verte pasear por los lugares de costumbre, por tu cuadrilátero, llamando la atención a las echadizas y oír sus chisteos invitándote a sus brazos. Supongo que primero te ducharán, no vayas a espantar a los otros clientes. Pero eso es ya imposible, estás amarrado, puede haber leña, hay que atender a la amistad principal. La Paloma querrá parte para casa y parte para vender, que un montón de canelos se sacan. Pero claro, el pejeperro es para ustedes dos, para comerlo juntitos mientras se huelen las camisas y se miran si tienen alguna lagaña por los ojos.

—A la Paloma no le gustan sino las morenas, calentitas y sin escamar —repuso tranquilo.

—También lo puedes llevar bajo el puente, que seguro encontrarás a tus viejos camaradas. Una fritanga para todos...

—A éstos les gustan también las morenas, crudas también.

—No es mala idea. Si estuviera el Negro contigo podrían hacer entre los dos un buen trabajo, como otras veces.

—Ya el Negro no sirve, está flaco. Se le puede tocar el espinazo por el ombligo. Ahora vende manises por fuera de la recova.

—Por lo menos tiene sus maneras.

Comienzan a recoger los aparejos. Entre el dedo gordo del pie y la mano izquierda van haciendo, enrollando, un gran ocho. Mario, penosamente. Arrojó el cordel en un cubo, con su plomo y sus anzuelos. Rafael, colocada la caña del timón, está a la espera. Una lenta duda parece cruzar su cabeza. Mira de reojo hacia el cajón de la pesca.

—No es justo tener tanto egoísmo —dijo finalmente, y una sonrisilla condescendiente acompaña sus palabras— y querer quedarse con todo. Te voy a regalar el peje-perro y tu otra parte de pesca, como hacen los buenos compañeros, para que luego no vayas diciendo...

Inclinándose, alza el gran pez, los dedos introducidos en las agallas. Lo contempla como en admiración de su tamaño y su masa de colores, la flexibilidad que muestra ante el movimiento de la barca, su figura. Lo hace oscilar y finge quedarse pensativo.

—Pero existen cosas que tú no entiendes.

Despaciosamente fue girando el brazo y, girando los dedos introducidos en las agallas, deja caer el pez al agua bajo su mano. Mario contiene la protesta y sonríe. La fallida presa desciende poco a poco, en zigzag, cada vez menos visible. Pronto desaparece.

—Mira, viejo —observa Mario—, parece que estaba vivo. Algún peje malo se dará un buen banquete.

Rafael no quiso desconcertarse. Un pequeñísimo encojimiento de hombros. Escupió en el mar.

En el tagoror al lado de la hoguera, sin llamas, cubiertas las brasas por cenizas que a veces resbalan y dejan ver el

rojo corazón. Humean unos leños, surgen llamitas, se apagan. Permanece unos momentos con la vista fija en ellas y luego la desvía más lejos. Aún es temprano, las Siete Estrellas sobre el Pilón de Ijuana, el contorno amortiguado a la débil luminosidad de las estrellas. Alza el dolido cuerpo y da unos pasos por la explanada. Se aproxima hasta la consumida hoguera. Tuvo una risilla despectiva mientras amontonaba los restos de leños dispersos sobre las brasas. Humearon más intensamente, se levantó llama. Los alrededores quedan iluminados a su luz oscilante y llena de sombras. Piensa si tendrá carnada para mañana. Y, a todo lo largo, el desierto barranco viviendo y sintiendo al lejanísimo amparo de los astros. Algún conejo estaría por allí, caminando a saltitos leves, orientadas sus vigilantes orejas. De todas formas ya estaba cansado de trabajar para tan poca pesca. Mira el reloj: todavía las once de la noche, apacible, un poco de brisa y un poco de fresco. El constante ruido del mar, las mismas sombras de las montañas, las mismas brujas y los mismos misteriosos sonidos haciendo notar la tenacidad de su ser en este acotamiento del planeta. Las sombras, las claridades del cielo, la tierra que se pisa, y uno pasando a través como si todo fuera un gran océano de tenues aguas, que constantemente se está sintiendo su pasar y que uno queda quieto, que no va con sus mareas... Una última mirada a la hoguera. Camina por el corto y tortuoso sendero entre las balsamíferas hasta llegar a su choza. Consuela su confortable calor y la vieja sensación acogedora. En la oscuridad, pasa las manos por las paredes ásperas y la nota aún tibia de los calores del día. A la luz de la vela tuvo la complacencia de contemplar su mísera construcción, los detritus que constituyen el moblaje. Expandió su espíritu un tanto integrado en aquellas inanimadas cosas, obra suya, su exteriorización tal vez. Una constante de su continuo mudar. Lanza una mirada por el ventanuco. Muy lejos, rojizo esta noche, destella el faro de La Isleta.

Se introdujo en el catre con placentera sensación, igual a la que siente cuando llega aterido de sus noches de pesca

sobre los batidos peñascos. Percibe el olor de las sucias y raídas mantas, su propio olor almacenado durante años, un olor familiar, agradable, el de su más recóndito mundo. Con uno de sus ocho libros en la mano buscó las gafas, recientemente adquiridas, y se acomoda. Prendido el cigarrillo, comienza por un capítulo intermedio. Al poco rato se va hundiendo, despaciosamente, en la serena profundidad del sueño.

III. LA LUNA NARANJA

LA LUNA NARANJA

Tuviera gracia, en circunstancias menos aflictivas, encontrarse en este chalecillo, a más de media ladera. Abajo el pueblo, sepultado en un insólito paisaje de nieve; y la Luna sobre el horizonte, hacia la derecha. Una Luna grande, luminosa; de un bello color naranja, compacto, siniestramente movable. El amigo muestra, especialmente con él, una ampulosidad pedante. Hoy permanece lejos, no se sabe si vivo. Años atrás le condujo hacia estos parajes: buscaba solar para una construcción de estudio y reposo. Su ser literario le indicó este difícil lugar. Trabajo costosísimo. Con dinamita volaron un trozo de ladera y de la roca se alzaron los muros, piedra sobre piedra, anchos, al antiguo estilo. Quedó una obra pequeña pero buena y, en opiniones, bonita.

La pendiente de euforbias desciende hasta los cultivos y casas de la aldea. Un agradable paisaje. Falta el agua: un aljibe para recoger las lluvias.

—He salvado esta gruta, de indudable interés arqueológico—explicó—. La parte posterior la comprende y engloba. Se penetra en ella desde la casa. La he limpiado; reuní los restos que el vandalismo perdonó. Ahí quedarán para contento de algún estudioso, que de un diente puede reconstruir un elefante.

La gruta resulta una habitación más, la más trasera. Apilados en montoncitos, sobre corta tarima, huesos rotos

y casi deshechos. También una diminuta pirámide de trozos cerámicos. Y, en su verdadero uso de bodega, una veintena de sacas de carbón vegetal y unas cuantas cargas de leña, haya y brezo.

—Aproveché la permanencia de los mulos. Es, hoy, difícil alquilarlos... Ya no se consume carbón ni leña. Muy rara su venta. El butano... Hice un favor a los horneros y leñadores, almacené todo esto. Es agradable y nos revive a viejos tiempos, más humanos, el fuego de la chimenea; y la silenciosa llama del brasero, que hace hervir las marmitas.

En la taberna del pueblo habla al estilo de sus gentes, bebe vino tinto, mastica rodajas de salchichón.

Sigue en sus explicaciones. Alza la lámpara de gas e ilumina perfectamente los últimos rincones. Perfeccionado orden. Indica una oquedad más oscura, casi redonda, de un metro de diámetro. Está cubierta de tablas rústicas. No desentonan. Un grueso candado.

—Ahí está otra gruta, una subgruta más bien larga de cincuenta metros, que sé, por tus aficiones, despertará enormemente tu interés. Yo la descubrí. Estuvo disimulada con unas rocas —se engalló aún más y su voz adquiere un tono misterioso—. Te interesará. En sus paredes resaltan numerosos dibujos e inscripciones, indudablemente antiquísimas.

Sí le interesó al amigo; sus ojos tuvieron un instantáneo brillo. Consumió años, fanáticamente, en tan difícil estudio.

Vio el ademán y le detuvo.

—Ahora no es la ocasión. Más adelante, cuando llegue su tiempo.

No comprende la necesidad de la espera. Acaso su espíritu neciamente fantasioso y de comedia. Por estos lugares... Posiblemente aún no ha terminado de inscribirlos. Se tranquiliza.

—Quisiera ser el primero en verlas, antes que los científicos —condesciende amable—. Me apasiona el tema.

Él hizo amicales gestos de paciencia y que, desde luego, así sería.

—También tengo una pequeña cocina de butano —informó—. Es cómoda para las pequeñas cosas. Los desayunos, un poco de té...

Ahora está solo en la casa, aislado, la nieve fuera, y no le mueve curiosear las falsas inscripciones. Coloca un par de leños en el fuego, limpia los cristales de una ventana —las demás herméticamente cerradas— y mira. Sobre el horizonte está la anaranjada Luna, de una extraordinaria belleza, lejana, terrible y largamente cósmica, luminosamente sombría y anonadante.

Al principio dijeron: Vamos a tener un verano fresco y agradable. Después no gustó tanto. "El polvo del desierto enturbia el aire; el Sol se ve rojizo". La temperatura cae, disminuye cada día. Se asustaron. Inquieta atención a radios y televisores. Fenómeno inexplicable, sabios desorientados. Pánico.

Con su hermana, en la aldea. Vacaciones. Y el macizo marido y los mareantes hijos. Mala suerte antigua. Apenas bachiller, el súbito y azorante peso de la familia. Una madre apabullada y gimiente, dos hermanos menores; la hermanita, de un año escaso. Oficiosas ayudas para buscarle empleo. Entonces, con su título, no fue difícil: se colocó en un banco. Abandona por un tiempo su vocación supuesta: el propósito de transformarse en un Schliemann u otro de aquellos que desenterraban ciudades antiquísimas, descifraron tablillas, explicaban inscripciones. Adaptado a la nueva vida, consulta a los antiguos profesores. "Tienes que estudiar hebreo y púnico, están enlazados". Con el tiempo mantuvo corresponsalías con personajes importantes. Domina el hebreo y el fenicio. Reproduce láminas de inscripciones, compara signos. Así los años, acumulando, repartiendo

entre los hermanos algún oportuno cintarazo. Los colocó a todos.

Cayó la primera nevada, larga, interminable, donde en milenios, o nunca, hubo nieve. Las frenéticas noticias de radios y periódicos. Regiones sublevadas. Tranquilizaciones de astrónomos: el fenómeno ha de cesar; el Sol tiene fuerza para incontables períodos. Se interpone una nube solar, reflectora, a cinco millones de kilómetros de su superficie; desaparecerá en breves días, estallando. Sí, el Sol. Aunque apenas calentaba, tiene un tamaño mayor. Fue rojizo, después casi verde. Cambia su color y la tierra se cubre de una costra de hielo.

Turbas enloquecidas ocupan las centrales atómicas, con calor para años. Aquí brotó la esperanza de los Depósitos del Puerto. Guarda almacenadas unas noventa mil toneladas de petróleo. Gastando mil por día basta para cien. Y siguen noticias así.

Quemaron las mesas, las sillas. El doloroso frío. Sacrifican sus libros. La hermana, una fierecilla desconocida, un instante gritó:

—¡Eres idiota! ¡Los niños! ¡Qué vale esa basura!

Estaban vestidos de trajes superpuestos, monstruos de tela.

El coche no arranca. Está helado. Y la hermana:

—¡Los Depósitos! ¡Tenemos que salvarnos en los Depósitos! ¡Y tú, idiota, arregla eso! ¡Vamos! ¡Vamos!

Prendieron los últimos papeles bajo el motor. Milagrosamente, se puso a funcionar. La calefacción. El pueblo alrededor está muerto, cubierto de compacta nieve; y las montañas, todo. Los árboles helados, fantasmas blancos. El aire inmóvil. No se ven personas. La temperatura fue de treinta grados bajo cero. Sintió alivio, pero también "¿Qué vamos a hacer en los Depósitos del Puerto? Absurdo. Ni

siquiera llegaremos por esa pista patinante." Además, surgieron jefes naturales que ordenaban, ametrallaban a las gentes. Pequeños dioses de salvación, enérgicos héroes para la Historia.

—Vuelvo enseguida —dijo.

Un par de libros que quiere salvar. Están enterrados en un rincón del jardín, bajo la nieve. Estaba helada, fueron inútiles las manos. Clama la bocina del coche, imperiosa. Mira la buganvilla, sin flores ni hojas. Resguarda las manos al calor del vientre. Sus ramas se adelgazan y cubren una red; están envainadas en una cubierta de hielo, barbada hacia abajo y con finas agujas. Nuevamente la bocina. Semeja un grande y fantasmal coral levemente rosa. El ruido del motor adquiere rápida aceleración; se atenúa en la distancia.

El frío es intolerable. Tres pantalones, cuatro jerseis..., todo escaso. Penosamente penetra en la devastada vivienda. Cenizas, basura. Las puertas las hicieron fuego. No queda sino dejarse morir. Afuera, los caminos, los espacios, las casas todas blancas, dormidos. De alguna surgen columnas de humo. Aún resta vida. Pero no le dejarán entrar... La casa del amigo de la ladera; sus reservas de leña y carbón...

Se esfuerza en caminar rápido. Los pies son insensibles masas minerales. Recorre los deslizantes caminos, remonta las casas. El silencio, el aire quieto, la nieve helada y dura. Comienza a subir. Casualmente, un vistazo al mar. Una blanca llanura petrificada y matizada por el calor del Sol, de un Sol moribundo de débil luz. Sigue ascendiendo. Tiene la llave. El amigo: "Dale una vuelta de vez en cuando. Conviene que se ventile". Resbala sobre el hielo y desciende vertiginoso por más de treinta metros. Le detiene un gran cardón que se rompe en chasquidos metálicos. Finalmente, tras la lucha con la llave, entra.

En el hogar, el gran fuego oscilante, variable. Fuera, el Sol queda en un maravilloso color naranja. La radio comunicó

temperaturas próximas a los cien grados. Fue su última emisión. Rompe la tinaja y su masa de hielo para obtener agua. Los alimentos no son muchos, unas cuantas latas de conserva. Rocionándose, para unos días.

Decide ocupar la cueva, la más interior; protegerse en las entrañas de la Tierra. Podrá distraerse con las inscripciones fabricadas por el amigo. Una última mirada por la ventana. La gran Luna naranja ilumina fantásticamente el pueblo y las montañas, y refleja una débil luz sobre la brillante cubierta. Crea, dentro de la habitación, una fantasmagórica, desvanecida luminosidad. Abajo está un mundo quieto, inmóvil, sin humo, de árboles ya petrificados para siempre.

Lleva los fragmentos de tizones y penetra el estrecho subterráneo. Se ensancha, no más de un par de metros. Tuvo que romper el candado. Sus paredes son vítreas, intensamente negras, lisas. Alguna protuberancia ampollosa. Acarrea los últimos sacos de carbón, la vela que resta, la lámpara de butano. Sobre el suelo se aviva el carbón y desprende unas lenguas azulencas, casi incoloras, destellantes en los ojos solitarios y cansinos. Envuelto en una manta se recuesta contra la pared. Y allí frente a sus ojos, a la brillante luz, descubre los famosos signos. Ocupan un paño liso de unos dos metros de ancho por uno de altura.

Se recuesta mejor. Deja la manta, se distiende, respira. Está protegido en esta gran matriz negra, como de viejo vidrio, acogedora y cálida. Al exterior está el infinito frío y la pálida luz naranja espectral, ajena.

Vuelve en sí. Queda en suspenso el miedo de tantos días, y hasta le surge una sonrisa a la vista de las inscripciones, a buril, y luego repasadas minuciosamente con pintura roja. La preparación del amigo y su negativa a mostrarlas. Esperó tenerlas listas. Un trabajo agotador, no pudo acabarlo. Unas ringleras, próximas al suelo, estaban sin cubrir del resaltante rojo.

Entonces queda serio y absorto en la contemplación; solamente es falsa la pintura... Se arrodilla ante los signos, los recorre con los dedos y, durante horas, se abstrae del mundo y de toda pasada peripecia. Antiguo, muy antiguo. Su intuición lo remonta a fechas que no se atreve a concretar. Las grafías cuanto más primitivas, más sencillas. Sobra el conocimiento del idioma, son universales. Está un ave, esquemática, de interpretación difícil. Puede ser el mismo animal; puede indicar rapidez; puede traducirse por su graznido, onomatopeya de sí o de no, o peligro, o cualquier palabra; pero por la antigüedad no espíritu o alma, eso es posterior. La traducción es asequible. Un pueblo analfabeto moderno, sometido a gran tensión y con necesidad de representar, lo haría con parecidos signos. Está una línea horizontal ondulada, el mar. Reunión de puntos evidencian cantidad. Buscar algo que represente embarcación; también imágenes de lunas, o de soles. Serían tantos meses, tal dirección, tantos barcos. Esa horrible sintaxis tan diferente de la nuestra...

Se recuesta. Cierra los quemantes ojos. La supone con certeza en su corazón, unos diez mil años; cuatro mil anterior a las antiguas sumerías. Está como una chata montaña cruzada de líneas onduladas: tierras hundidas en el mar. Tal vez la historiada Atlántida. Un trozo, provisionalmente, se puede traducir así: "Estuvimos dos meses llevados por las aguas, y las gaviotas (el ave) nos anunciaron la proximidad de la tierra". Pero es sólo suposición. Se necesita trabajar apriorísticamente a base de signos aparentemente claros; agregar los demás y obtener expresiones congruentes. Ver si valen. Darles un nuevo valor y volver a empezar. Cree resolverlo en el plazo de un año.

Entonces, involuntariamente, sonríe. Tiene fuego y alimentos para poco. Ha sido una grandiosa frustración. Desde el remoto principio estaba determinado. Hay como dos líneas, la de su vida de anodino empleado incurso en aficiones que triunfaron sobre la adversidad; y otra, desconocida, que debe dar sentido a los gratuitos actos. Líneas que inexora-

blemente confluyeron en este rincón y en estos minutos. Pero hubo un desfase, algo que lo transformó inútil. No queda tiempo.

Se agranda una cólera y una desesperación. Él es un pobre hombre culpable de nada. La entelequia tuvo todos los hilos y destinos; sin embargo, fracasó. El Universo es una enorme frustración, un enorme sin sentido.

Se achica, desasistido. Fuera, el hielo, la Luna naranja, el apagamiento... Pronto se romperá la costra reflectora del Sol, su calor volverá a inundarnos, incluso con más fuerza. Hasta los hielos antárticos se fundirán.

Sí, con certeza.

Volverá el viento cálido; el verde, el rojo; el mar azul; las húmedas sonrisas... Acaso.

Despectivamente, lo duda.

DE ESTA MANERA

Ya era irresistible. Aquella tarde marché a Zápata. Agobiado y extenuado, hube de huir de mi madre. Desde su habitación, en el piso alto, llegaron inacabables sus tediosas quejas. Absurdos. Permaneció una única semana en el Siquiátrico porque irrevocablemente soy hijo de antigua noble stirpe. Conmigo, perennemente; conmigo hasta los años finales. Desde arriba:

—No llegaron las camisas desde Francia... —como una quejosa fatalidad, ignoro por qué razón, siempre se niega a nombrar París. Cuando otro lo pronuncia en su presencia pasa por sus ojos una insignificante chispita, pero inexpressiva, sin aparente sentido. Y la omisión de París acaso tenga su propia simbología. A casa nunca, ni en los tiempos de su triunfo y belleza, llegaron camisas de tal ciudad... Allá en su habitación, encerrada tenazmente, condensada en raros perfumes. La ventana espesamente encortinada. Penumbras.

Salgo fuera. El día no está apacible, pero qué importa. Me acompañan mi hija y una compañera, adolescentes alegres con sus mínimas fiestas. Tal vez un poco tarde. Unas nubes negras, desgarradas a tramos, pasan veloces por sobre las montañas a nuestra espalda y hacen una tarde crepuscular. Más adelante, cuando vuelan sobre el mar, se disuelven en el aire mágico sus formas y sus negruras. Y por consiguiente, sobre las rocas y las tierras, sombras movedizas.

—Iremos a Zápata, ahora —les digo—. Hace tiempo que no he estado allí —sonríó—. Es bueno recordar, seguramente.

Quedó atrás la casa de mi madre, con su jardín, destacada sobre la media docena de cajones blancos y azules que la rodean. La adquirió cuando los años comenzaron a destruir sus cabellos, su cuerpo, sus ojos. Su enorme belleza. Huir del mundo, entonces. Mi madre no era persona. Fue forma y calidades, aires y gestos, perfume.

Y yo, al sentirla ya lejos, me siento libre y feliz. Me encuentro tarareando una canción. Las muchachas ríen entre ellas sus acordados misterios deliciosos, creen. Zápata antes era una solitaria vieja pequeña casa abandonada sobre la costa. Luego fue adquirido e hicieron construcciones. Pero de todo eso ya nada existe. Me han dicho que ya no son tres los guardados chalets, que el dueño alquilaba con altísima cuota. Los vendió separadamente. Además, no se sabe cómo, se establecieron unos pescadores constructores de chabolas. En los días malos aprovechan el pozo y cultivan la feraz tierra.

Tenemos que recorrer una docena de kilómetros. Atravesar San Andrés, ya deformado, y subir por la nueva carretera hasta Los Órganos. El tiempo sigue igual en este paraje. En realidad formamos parte, donde yo habito y Zápata, del mismo trozo de costa. Un aire común, unas laderas semejantes. Aquí en Los Órganos mascullaban, en otros tiempos, los Donatos de Padrón, seres de ilusión que vivían no se sabe cómo sus fantasmagorías.

Desiertos barrancos, curvas innúmeras. Alcanzamos el desvío y enfilamos la entrada, muy pendiente. Parece increíble que por esta estrecha pista, tirada hacia el mar en un montón de incontenibles revueltas, subieran los camiones cargados de la arena que el Bandido extraía de la playa y que estuvo vendiendo durante años. Mi buen recuerdo es anterior. Cuando yo venía por aquí, siempre tiempos de verano, los insectos rillaban en las secas hierbas de las

laderas. Tal vez el solitario upupa de una abubilla, que mantenía a uno quieto, oyéndola. Sí, desierto y solitario. Ahora si miras, los famosos chalets han devenido en ruinosas casuchas; y tan sólo en una docena de años. Y el agregado de unas cuantas chabolas insertas en el risco. Hicieron de esto un basurero.

Sigue el tiempo ventoso. No vemos a nadie. Temeroso, en primera, voy descendiendo, asentadas las ruedas, en ocasiones, en unas resquebrajadas rodaderas de cemento. Matorral de cardón, alguna tabaiba. Un verde balo de colgantes agujas y bolitas como pequeñas perlas. Nada a la vista. Soledad en torno a las casuchas. A veces, en una revuelta, se vislumbra algún bote varado al borde del camino. Arrimo el coche lo más posible para dejar paso. Y al salir, casi sin intervalo, es como si me hubiesen dado un violento puñetazo. Enfrente mismo, al otro lado de la estrecha pista, una gran jaula llena de pájaros. Es una jaula rústica del tamaño de una mediana habitación. Unas cuantas varas vestidas de tela metálica de fina malla. Fue cosa como de presentimiento. Dentro deben de revolotear hasta un centenar de pajarillos. La rodea el silvestre airón de un carcomido almácigo. Y unos cuantos nopales sarnosos de cochinilla.

Me paro y quedo un tanto entorpecido. Más abajo, siguiendo el camino, uno de los chalets ahora convertido, al parecer, en taberna. Por lo destemplado de la tarde tienen la puerta cerrada, cara verde descascarillada y leprosa. Se cree oír algunas gallinas. Me aproximo a la jaula y mi corazón entonces acelera sus golpes. Uno de los paños de la jaula es de simple malla de red, fina, de copo, de nilón. Dentro, el murmullo de aleteos. Me hiere. Gritan de nuevo los pájaros. Miro largamente. Nuestros pájaros canarios. Hombres y mujeres vuelcan su entretenimiento y su tedio hacia ellos, observan su picoteo rápido, sus diminutos ojos vivos. Los vendedores de pájaros distribuyen por zonas sus tropillas de depredadores. "Tú iras a tal sitio, tú a este otro". Una época de suerte. Los canarios, no muy numerosos,

se multiplicaron prodigiosamente. Hasta se los ve en pequeñas bandadas. Se asocian a los gorriones campesinos, que caen en sus trampas. El vendedor de canarios acepta todo. "Conviene retirarlos, a los gorriones. Se resta competencia al espacio de los canarios. Los gorriones son tenaces, duros, resistentes". Y así, como industria residual apareció la primera freiduría. La gente, luego de escandalizarse, las frecuenta. Cuestión de costumbre. Más criminal es sacrificar a las vacas, grandes mamíferos sensitivos, de redondos ojos mansos, de pacífico rumiar. "Se las hace pedazos, les razona el vendedor, o comprador de pájaros, se separan sus partes, hasta sus lenguas, y se las mete en cámaras de frío. Y después son como trozos de materia mineral. Trozos que se llevan de aquí para allá, objetos sin vida. Nunca pudieron tener vida, se piensa. Los tira usted al suelo y los helados pedazos son pedazos de piedra. Un pajarillo es nada: un pequeño cuerpo con un pequeño cerebro no mayor que un mediano perdigón".

Y en tanto que mi mente recuerda estas palabras e imágenes de hombres santurrones, mis manos, con ayuda de una navaja, van destrozando las finas mallas de la jaula. Hasta creo que los pájaros me entendieron porque surge, ahora mismo, en la tarde que ya muere, uno de sus prodigiosos cantos que me retrotraen mucho tiempo, al barranco arbolado de Tacoronte, y el canto del pajarillo entonces, oculto, ocupaba como una cosa bella, larga y misteriosamente bella, las oquedades del cañón.

Salen los primeros. Siguen los otros, una móvil manga. Sin darme cuenta me he apoyado en la amiga adolescente de mi hija, y siento su cuerpo. Y entonces no pienso en los pájaros. En la tarde sombría, como si todo fuera desierto, no siento sino su cuerpo, y mi mano lo recorre con suavidad y la respuesta de su tersura y de su calor tiene más importancia que todas las cosas del mundo. Se trastorna el paisaje. No hay nadie. Ella mira, como distraída, a las laderas ricas que descienden rápidas de lo alto, y bajo su mente no sé qué pensamientos. Intento comprender. Mi hija ha desviado

la vista; en sus labios está una apenas marcada sonrisa suave. También mira a las laderas.

Me repongo trabajosamente. Caminamos hacia la venta, la supuesta venta. Procuro hablar. Les cuento la historia de los pájaros, que afectaba incluso a nuestro pueblo.

—Ya habrán visto —me voy serenando— tanto cazador por esos barrancos, con sus finas redes verdes y grandes jaulas de almacenamiento.

Les cuento.

He estado, mientras hablaba, indeciso de entrar. Al fin me decido y lo hago con cierta calculada violencia. Doy un golpe a la puerta y ésta se abrió con toda brusquedad y choca contra la pared. No estaría corrido el pasador, si es que lo tenía. Desde dentro todas las cabezas se volvieron. Desde dentro un embate de hostilidad y de susto. Luego una luz de butano, no muy brillante. Unas figuras a lo largo del mostrador. Curiosamente. No, mezquinamente, la luz estaba sobre un tabique de tela. Así aprovechaban su claridad en un espacio interior. Me rehíce. Fui cortés con las muchachas. Hasta incluso me incliné, un poco.

—Por favor... —extendí la mano indicando paso. Más adentro, dije: —Buenas noches, señores —y mi voz resultó plácida y amical.

Respondieron con algunos movimientos y disconformes saludos. Entramos dejando la puerta abierta, que pronto cerraron. Pero no para todos fuimos intrusos. Dentro ya era de noche, no había ventana al exterior, la luz del tabique no era muy fuerte. Y ese ambiente espeso me agradó. Tenía vaho de venta antigua, a horas tardías, de pueblo. Una oficiosa cara ratonesca, por el brillo de sus ojos, me saludó meliflua. Y es que por todas partes te encuentras con alguien, casi siempre en contra de nuestros deseos.

—La Señora, ¿cómo está la Señora?

El individuo se inclinó leve ante mí, yo el vicario de la llamada Señora.

—Bien, está bien —le llevé el tono—. Hace unos días, precisamente, se preguntaba sobre la salud de usted. Le recuerda con afecto —agregué.

Y es que la Señora, en su absoluto ocio, se pregunta por muchos acontecimientos y personas. Un conjunto demasiado amplio.

El mostrador de esta venta, estriado con restos de verde, se alarga y permanece estrecho contra la pared. Apenas si detrás queda un pasillo. Sobre el mostrador débiles y chatas cajas conteniendo zanahorias, manzanas, unos roñosos bubangos. Hombres a todo lo largo, ocupando avaramente. Es un mostrador viejo procedente de otra venta que repararon y que fue primariamente construido de viejas tablas. Dentro, dos pasadas momias de quienes también pudiera ocuparse la Señora. El ventero, remoreno, liso agrietado, de escaso pelo gris, sin dientes, americana negra achaquetada, camisa sin cuello cerrada bajo la nuez. Su mujer, próxima, chiquitilla, ojos también brillantes, también vieja, también morena y ruin. Detrás de ellos, unas tablas cubiertas de un pardo barniz mate contra una sucia pared antiguamente azul gris, sostienen botellas, cigarrillos, detespún y paquetes de mal arroz. Por el suelo, cajas y algunos garrafones. Y por todo el aire una buena penumbra que destruye los incoloros acontecimientos de fuera. Todos navegan a su gusto en este mar distinto.

—Me gustaría mucho el invitarle —dije al oficioso. Me gusta acceder a lo que la gente espera.

Sus ojitos de ratón se movieron paralelos en perfecta armonía. Algún gesto en sus labios. Gesto bueno.

—El vino —aseguró casi con unción— es excelente —y usó esa palabra. Pero a continuación un brillo admirativo: —Tiene pajaritos.

Entonces todo se me oscureció. Las caras de aquellas gentes, en las que mucho no me fijara, aparecen ahora claras a la luz del butano, caras curtidas de pescadores y labriegos, y en ellas su peculiar valoración de este crimen. Aparté la mirada de los rufianes y la fijé en el dueño, allí ante mí con una sonrisa artificial en su cara impasible; las manitas un poco recogidas una sobre otra, a lo monje. Y la asquerosa vieja hierática que, debajo de aquellas greñas sucias, parecía tener, también, unos sesos pensantes. Decayó mi desprecio y fanfarronería. No miré al oficioso hombrecillo, lo consideré inocente. No pude protestar. Las muchachas ya estaban lanzando grititos de placer y estiraban sus anhelosas manos hacia una bandeja que contenía fritos un cúmulo de infelices gorriones. Sus cuerpecillos aparecían dorados, brillantes, pero también tristes y débiles. Procuré rehacerme. Dije al hombrecillo:

—Sírvase los que guste —le sonreí.

El vino sí que estaba bueno. Pues como contaba el hombrecillo sobre la Señora, los conocimientos fueron largos. Este viejo tabernero rufián y consumido, sin dientes y babón, pertenece igualmente a su colección. La Señora tiene unos momentos en que parece complacerse en la ironía y en la crueldad. Dijo, hace años, pocos, en un buen momento, olvidada de sus supuestos pesares. Estaríamos en el incipiente jardín, que comenzaba a formarse. Aún recuerdo que sus manos tuvieron unos aires de creación.

—Este buen Serapio, hijo de Serapio, barbero, el padre, y ladrón a ratos. Apareció un día con sus dos muelas de oro, o un colmillo quizá, puesto que reía de lado y se le notaba claramente, un tanto agudo. Ya sabes que entonces era costumbre... Regresó muy civilizado, ingenioso. Yo entonces era una chiquilla, seis o siete años. Paseaba con el labio encogido, elegante, escupiendo tal vez. En fin, el colmillo... Fue otro el tema de interés. Se trajo un pequeño cocodrilo, una cría de aligátor, y estaba muy ufano con ella. Lo colocó en el patio trasero de su casa, una tela metálica

fuerte alrededor, y mientras fue pequeño lo paseaba por el pueblo atado al cuello con un cordel. Era un mal bicho. Los chicos se reunían para verlo; él paseaba ufano, tirando de un gran puro. Algún rasguño causó por ahí. Pero ya sabes cómo es la gente de este pueblo. En aquel tiempo se permitían demasiadas cosas. Un día fue su propia víctima. Le cercenó, como de un machetazo, dos dedos de un pie. Y es que el aligátor crecía, se hizo grande. Se cuenta que de noche robaba gallinas para poderlo sostener. Hasta que apareció muerto envenenado. Creo que se alegró. Ya le estaba resultando una carga pesada. Por lo del pie, dijo, no le guardaba rencor. Lo desolló muy bien, curtió la piel con agua salada y con manteca, y la vendió a un comerciante indio, ventajosamente. Pero lo gracioso está en otra parte...

He aquí al Serapio, ahora cazador de canarios, freidor de los otros infelices que conjuntamente caían. Una beneficiosa industria. A todo hombre le hace falta industria, en su alma, supongo. Cara lisa a pesar de sus arrugas, encías al aire. Ojillos alegres no sé cómo. Me gustaría examinarle el pie.

Las chicas piden más. Disimulo y accedo. El hombrecillo y yo comenzamos con una nueva media botella de buen vino. El oficioso cuenta cosas que no entiendo. Alguna frase suelta: "... gran persona, da trabajo, estamos contentos..." es de pronto congelada por un aire que entra por el abierto portal. Miro afuera, es de noche. Cierran. Comunican una mala noticia, tal vez una muerte. Pero no; es algo conmigo; siento sobre de mí la gravitación de sus pensamientos y, sin mucho meditarlo, sé que esta fría ráfaga es por la liberación de los pájaros. Me siento ampliado y se me va en gran parte el pesar. Invito de nuevo. Impertinente.

—Serapio, Serapio, por favor. Ponga más vino aquí, Serapio. Y, Serapio, ponga un vaso a los amigos. Pajaritos no, Serapio; no tengo dinero para eso, Serapio.

Obedece el villano, tranquilo y recomido; una gárgola, y no le tiembla el pulso cuando cumple las órdenes. La vieja sí que parece un poco espantada.

Lo más gracioso, aparte de la chulada del aligátor, como decía mi madre, fue otra cosa, unas simples muecas, gestos. "En Panamá, contaba muy lejanamente, es costumbre entre hombres de desayunar con media botella de ron. La otra mitad se guarda para la tarde". Y conservaba esa costumbre. Aún paseaba el aligátor consigo. Pedía al ventero una lata de sardinas en aceite. Come una remilgadamente y luego, con cierta despaciosidad, reparte las otras tres o cuatro a su reptil. Y mientras habla bebe pausadamente sus buenos vasos de ron como si de vino se tratara. Al rato de concluir temblequeos y la lucha de su voluntad para mantenerse derecho, cuerpo y honor. Le temblaba una incipiente, apenas perceptible, flaca y colgante papada. Hablaba largo rato; instruía, más bien, y luego marchaba para su choza, aligátor atrás. Repetición vespertina. Al tiempo, úlceras. Falta de la compensación debida entre alimentos y alcohol. Pero mantuvo su costumbre. A la media hora de tomar su ron y su sardina, se desencadenaba en su estómago una lucha, garras y dientes, entre una manada de pequeños aligátors. Pero el honor es el honor. Uno es hombre, y no sólo de estos campos atrasados, sino de América. Permanece su piel rugosa y flaca impasible mientras sus ojos giraban conjuntamente alrededor de cierto eje. Y en este giro mostraban su dolor transformado en una extraordinaria ternura y luminosidad, dulzura y amor. Será no verdadera historia de mi madre, porque ella es así y a veces me mira de una pensativa forma. Me mira a mí y luego repiensa sobre ella. Le parece extraño, en fin, supongo, que yo sea hijo suyo. Tal vez que ella haya pasado por tener también un hijo, como una de esas mujeres cualquiera que se dedican a parir. Con la mano aparta la imborrable evidencia y dirige sus pensamientos hacia otros asuntos. No sabemos cómo siguieron las relaciones entre el ron, las sardinas en aceite y el Serapio. Ni si sus ojos siguieron girando en tan cómica

manera, para la Señora, como lo hicieran entonces. Mi abuelo le sorprendió ordeñando nocturnamente unas vacas y lo expulsó del pueblo después de que le hiciera dar de leña por uno de sus peones. No lo quiso llevar ante la justicia porque esa blandenguería entre nosotros, entonces, no estaba en uso. Ahora está ahí, enfrente, todavía vivo, conocedor de mí y de sus viejos recuerdos. Su actividad con los pájaros me hace estar en paz. No me asaltan ya heredados remordimientos. Me encuentro tranquilo y sin viejos patetismos. Me vuelvo hacia mi acompañante, el alcahuetillo, que todo este tiempo, cerca de una hora, no ha cesado de hablar. Siempre me ha estado contando algo, confidencial y, según su aguda expresión, trascendente.

A lo largo del mostrador vuelve la normalidad. Un pacífico remanso. Los hombres sienten otra vez el contento de sus hálitos y de sus vasos; sus figuras se me hacen sombras, se funden o encajan en la suave luz y las oscuridades expelidas por los diversos manchones y suciedades. Las muchachas están en un rincón, entretenidas y risueñas ante las ocurrencias de un fulano, y entre los dedos prenden, incansables, algún trozo de adobado pajarito. Dejo pasar, ensoñante y adormecido por la confidencial voz. También dentro de mí son necesarios unos ciertos remansos.

—Tendré que irme —le corto; y una chispilla se encendió en sus ojos—. Tengo miedo a ese tremendo camino.

—No, no tenga miedo. Yo iré delante con un farol. Usted no tiene sino que seguirme.

—Hombre...

Salimos afuera, a la oscuridad de la noche. Y entonces, casi instantánea, se desplomó sobre de mí la vieja y repetida pesadilla. No está el coche. Miro hacia arriba del camino y hacia abajo. No está. Otra vez esa angustia. Pero estoy despierto. Grito a las muchachas. Recorro parte de la pista. No está. En la oscuridad media veo unos humos que surgen

de diversas partes. Están unos hierros calientes en el suelo, llega su embate... Han quemado el coche, mi coche.

Me han paralizado. El alcahuete gira a mi lado, molesto, y dice algunas palabras de condenación. Quiero que se calle. Es imposible, en tan poco tiempo, destruir mi automóvil. Mucha parte la habrán desarmado y escondido. El motor... Pero, cómo ha sido... Camino. Veo cómo la plancha del fondo está sobre un solitario bote, también allí como aparcado. Se apoderaron de sus partes. Una buena venganza. Y cuando llega el reflujo de la sangre llega con él su cólera. Hago callar al hombrecillo que falsamente gime: "¡Pero hombre, qué maldad, por qué no lo pensaron!", porque me va a hacer vomitar y porque no tiene arte: deja transpirar un profundo gozo a través de sus lamentos. Golpeo en la puerta de la taberna y ésta se abre, de nuevo, violentamente. Me lanzo dentro y aparto a los que estorban mi paso.

—¡Rápido, avise a la policía! ¡Han quemado mi coche!

Ordeno, le grito al dueño. Vuelve su cabeza hacia mí y me mira, como si le contara una broma y estuviera dudoso en reírse. Los parroquianos callan, no sé qué cara tendrían. Existe algo negro pesadamente estático. Le repito, colérico, pasando el brazo sobre el mostrador y tomándolo de la chaqueta:

—¡Que le digo que avise a la policía! ¡Ahora mismo!... ¡Y a quien esto hizo le va a costar caro! ¡O a quien le está encubriendo!

Pero el Serapio parece como estar estupidizado. Se deja sacudir. No hace sino mirarme, sin hablar. La mujer es su asquerosa réplica. Los otros no sé.

—¡Le repito que avise, que le va a pesar! —y a través de su impasibilidad, a través de la ventana de sus ojos, como si éstos dieran espacio a un lugar interior, veo los hechos viejos y el jolgorio actual, los pájaros voladores.

Mi eterno acompañante tirábame del jersey y decíame que ya no había teléfono; la injusticia de la Telefónica, que eran unos ladrones, y eso. Pero yo sentía que la cosa se me escapaba, que estaba clamando en un vacío sin rechazo, que todo era resbaladizo y que me iría burlado irremediabilmente. No quise permitirlo. Tomé una de las cajas, contenedora de unas pocas naranjas, y quise estrellarla en la rígida cabeza. Se me deshizo entre las manos y los frutos rodaron por el suelo.

—¡Señor, señor! —pareció gritar mudamente la vieja.

Pero yo, teniendo asido al rufián con una mano, con la otra había tomado un huevo de un próximo cajoncillo y con esfuerzo, con odio, con una tensión que quise hacer reconcentrada, lo estallé contra su cara. Escurría el huevo por su mejilla, amarillo, gelatinoso, pero él quedó siempre quieto; sólo cerró la maldita ventana de sus ojos y apareció miedo, alerta, o paciencia. La mujer me miraba y yo seguía tremante. Asiéndole fuertemente. La mujer quería como caminar y lanzarse sobre mí. Yo oía sus gritos, o los traducía, los sentía retumbar dentro de su cuerpo, porque no abría la boca. Pero clamaba, y también me volvía mi odio.

—¡Malvado, malvado! ¡Se mete con los pobres! ¡Deje a mi marido, un inválido, un pobrecito que nunca hace daño! ¿No ve que es un anciano? ¡Suéltelo, márchese de aquí! ¡Intruso, intruso! ¡Nos está rompiendo nuestras pobres cosas, destruyendo nuestra comida! ¡Suelte a mi marido, le digo, que usted sí que es el rufián, el ruin, el cobarde!

Solté al viejo, que se bamboleó un poquito, no mucho, y que despacio, después de una mirada oblicua, tomó un papel y comenzó a limpiarse calmosamente. Vencido y humillado me encaminé a la salida. Ninguno de los bebedores hizo el menor gesto. O en realidad no los vería.

Afuera no teníamos más que la claridad de las estrellas. Dije a mi hija que llamara a su compañera. Se encogió de hombros.

—Ya no está —repuso.

Me tornó la furia. Encima esta responsabilidad.

—¡Estás idiota! ¡Búscala enseguida! ¡Qué le voy a decir a sus padres!

Pero mi hija volvió a encogerse de hombros, tranquila, indiferente.

—No te preocupes —me calmó con un poco de desprecio— que no se perderá. Sabe perfectamente lo que hace. Tranquilo, papá, vamos.

No supe reaccionar. Quedé en un silencio estuporoso. Caminamos pista arriba, a través de la negrura de la noche. La tensión iba cediendo. Las pinas laderas, en las sombras, se adelantaban, se nos echaban encima. Bajé la vista hacia la tierra. Seguimos andando.

En otras ocasiones, en lo alto, en la carretera desierta, pudieran estar vagando, agónicos en las tinieblas, los tres fantasmales Donatos de Padrón... Ya fantasmas míos. No, ni ellos siquiera. Ni es preciso alejarlos. Se desvanecen solos.

Me fue entrando una aceptada conformidad. Lo pasado palidece en importancia. Acaso el incidente de la noche fue el pago de una deuda, anterior, que ya la debía. Nada relacionado con los rufianes, y que estaba bien porque entonces quedaba libre. O quizá porque existen algunas elegidas personas que tenemos que pagar.

Lo deseaba. Y así tenía que ser.

Isaac de Vega (Tenerife, 1920). Desde sus comienzos, este autor se ha situado como un valor indiscutible en el marco de los últimos cuarenta años de la narrativa canaria. En 1988, junto al también fetasiano, Rafael Arozarena, le fue concedido el "Premio Canarias". Ha colaborado asiduamente en diversas revistas; destacamos sus libros: *Fetasa*, con tres ediciones (1957, 1973 y 1984); *Antes de amanecer* (1965); *Cuatro relatos* (1968); *Parhelios* (1977); *Conjuro en Ijuana* (1981); *Siempre vivas* (1983) y *Pulsatila* (1988). En disposición de ser publicado, señalamos un libro de relatos, así como una novela: *Tasili*.

Juan José Delgado (Tenerife, 1949). Profesor de Lengua y Literatura, Doctor en Filología Hispánica por la Universidad de La Laguna. De su producción poética señalamos: *Tres gritos favorables bajo las nubes* y *Comensales del cuervo*. También aborda el género narrativo: *Estantigua*, colección de cuentos con los que obtuvo el "Premio Ciudad de Santa Cruz"; su novela, *Canto de verdugo y ajusticiados*, fue premio "Ciudad de La Laguna", en 1988. Es director de la revista *Fetasa*.



Biblioteca Básica Canaria

1. *Historia de la Literatura Canaria*: María Rosa Alonso Rodríguez.
2. *Romancero Tradicional Canario*: Maximiano Trapero.
3. *Lírica Tradicional Canaria*: Maximiano Trapero.
4. B. CAIRASCO DE FIGUEROA: *Antología*.
5. Antonio DE VIANA: *Antigüedades de las Islas Canarias*.
6. Silvestre DE BALBOA: *Espejo de paciencia*.
7. Fr. Andrés DE ABREU: *La vida de San Francisco*.
8. Cristóbal DEL HOYO, Vizconde de Buen Paso: *Carta de la Corte de Madrid*.
9. José DE VIERA Y CLAVIJO: *Historia de Canarias*.
10. José CLAVIJO Y FAJARDO: *El pensador*.
11. Tomás DE IRIARTE: *Fábulas Literarias*.
12. Nicolás ESTÉVANEZ: *Fragmentos de mis memorias*.
13. Benito PEREZ GALDÓS: *La Fontana de Oro*.
14. Luis y Agustín MILLARES CUBAS: *Antología de cuentos*.
15. Benito PÉREZ ARMAS: *La vida, juego de naipes*.
16. Angel GUERRA: *La lapa y otros cuentos*.
17. *Ensayistas canarios*: Alfonso Armas Ayala.
18. Miguel SARMIENTO: *Obra Narrativa*.
19. Domingo RIVERO: *Obra Completa*.
20. *Antología de la Poesía de finales del siglo XIX*: María Rosa Alonso Rodríguez.

21. Manuel VERDUGO: *Estelas y otros poemas*.
22. Tomás MORALES: *Las Rosas de Hércules*.
23. Alonso QUESADA: *Insulario (Verso y Prosa)*.
24. Saulo TORÓN: *El caracol encantado y otros poemas*.
25. Francisco IZQUIERDO: *Medallas y otros poemas*.
26. Claudio DE LA TORRE: *En la vida del señor Alegre*.
27. Emeterio GUTIÉRREZ ALBELO: *Enigma del invitado, Romanticismo y cuenta nueva y Campanario de la primavera*.
28. Fernando GONZÁLEZ: *Obra poética*.
29. Agustín ESPINOSA: *Lancelot, Media hora jugando a los dados y Crimen*.
30. Josefina DE LA TORRE: *Antología*.
31. Domingo LÓPEZ TORRES: *Obra Completa*.
32. Pedro GARCÍA CABRERA: *Entre cuatro paredes, Transparencias fugadas y Dársena con despertadores*.
33. Pedro PERDOMO ACEDO: *Antología*.
34. Pedro LEZCANO: *Paloma o Herramienta*.
35. Agustín MILLARES SALL: *La palabra o la vida*.
36. Félix CASANOVA DE AYALA: *Poesía*.
37. Manuel PADORNO: *El Nómada sale*.
38. Arturo MACCANTI: *El eco de un eco de un eco del resplandor*.
39. Luis FERIA: *No menor que el vacío*.
40. Justo JORGE PADRÓN: *Antología poética 1971-1988*.
41. Lázaro SANTANA: *Bajo el signo de la hoguera*.
42. Eugenio PADORNO: *Teoría de una experiencia*.
43. Juan JIMÉNEZ: *Itinerario en contra*.
44. Isaac DE VEGA: *Conjuro en Ijuana*.

45. Rafael AROZARENA: *Mararía*.
46. Alfonso GARCÍA RAMOS: *Guad*.
47. Juan Manuel GARCÍA RAMOS: *Malaquita*.
48. J. J. ARMAS MARCELO: *El árbol del bien y del mal*.
49. Luis LEÓN BARRETO: *Las espiritistas de Telde*.
50. Juan CRUZ RUIZ: *Crónica de la nada hecha pedazos*.
51. Luis ALEMANY: *Los puercos de Circe*.
52. Nivaria TEJERA: *El barranco*.
53. Víctor RAMÍREZ: *Cada cual arrastra su sombra*.

Se acabó de imprimir
el día 25 de septiembre de 1989,
en los talleres de
MARIAR, S. A.,
de Madrid.

La originalidad de Isaac de Vega, que comienza a publicar en 1950, le permite desvincularse de las formas y planteamientos ideológicos del realismo social del medio siglo. Su novelística constituye un modelo narrativo donde se apuntan novedades suficientes como para presumir que en Canarias se estaba mostrando un quehacer literario avicinado más cercanamente al todavía sin aparecer "boom sudamericano", que a las tardías renovaciones de la novela peninsular.

La obra narrativa de Isaac de Vega equivale a un único rexro en donde se avivan constantemente los entresijos de la condición humana.



Biblioteca Básica Canaria



VICECONSEJERIA DE CULTURA Y DEPORTES
GOBIERNO DE CANARIAS

socadem